

¿Continuarán muriendo de hambre millones de personas en el siglo XXI?

VÍCTOR BRETÓN SOLO DE ZALDÍVAR (*)

Desde finales de la década de los años cuarenta, uno de los elementos más recurrentes del discurso de los organismos de desarrollo ha sido el del combate contra el hambre y la pobreza extrema. El propio nacimiento de la Economía del Desarrollo y de un complejo entramado de instituciones públicas y privadas orientadas a hacer éste extensible a los países del llamado Tercer Mundo tuvo su justificación, precisamente, en la necesidad imperiosa de poner fin al hambre endémica que azotaba a esas sociedades. Bien fuera por el peso de la tradición, bien por las consecuencias de un crecimiento demográfico desenfrenado, o bien por la incapacidad –derivada de ambos factores– de los pueblos subdesarrollados de cara a satisfacer su propia demanda de alimentos, el caso es que la intervención del Primer Mundo siempre fue considerada, además de como una necesidad, como un imperativo moral ineludible.

Salvo raras excepciones, en efecto, los diagnósticos explicativos de la recurrencia y la persistencia del hambre pocas veces incidieron en los elementos de carácter estructural que tienen que ver con la desigualdad en el reparto de la riqueza –a escala nacional y a escala planetaria– y con la lógica de la acumulación característica del sistema económico mundial. Más allá de la crítica y la denuncia emitida desde algunos ámbitos académicos y/o desde la oposición al modus operandi del aparato institucional del desarrollo, lo cierto es que el paradigma interpretativo dominante ha sido el de las teorías de la

(*) *Universitat de Lleida.*

- Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros, n.º 224, 2009 (69-109).

modernización; una interpretación unívoca del desarrollo que percibe a éste como la superación de las barreras de la tradición arcaizante a través de la difusión tecnológica y el afianzamiento de la cooperación y la ayuda como una herramienta privilegiada en pos de ese proceso: la expansión de la revolución verde primero, el énfasis en las ventajas comparativas que para los países del Sur acarrearía su correcta inserción –sin distorsiones estatistas– en los mercados globales después, amén de las posibilidades abiertas por la biotecnología y los transgénicos en los albores del siglo XXI.

Sin embargo, más allá de las declaraciones de principios, la machacona coincidencia en los diagnósticos oficialistas y la insistencia en las medidas de carácter predominantemente tecnoeconómico, la tozudez de la realidad se muestra con toda su crudeza en la magnitud que la pobreza extrema y el hambre alcanzan en el momento presente: más de mil veinte millones de personas están subnutridas, según estimaciones de la FAO (1) para 2009, en un mundo en el que, paradójicamente, existen condiciones objetivas para alimentar a bastantes más de los que somos. La constatación lacerante de algunos de los países más azotados por el hambre que exportan al Primer Mundo más alimentos de los que importan nos sitúa, de modo revelador, ante la gran contradicción de nuestra contemporaneidad globalizada.

En base a todas estas consideraciones, el objeto de este artículo es 1) ofrecer una panorámica general de lo que las estadísticas nos dicen del alcance y magnitud del hambre en el mundo, panorámica que no invita mucho al optimismo; 2) proponer una reflexión sobre las incongruencias de los diagnósticos emitidos por décadas y sin solución de continuidad desde los organismos multilaterales de desarrollo; 3) analizar las principales consecuencias de las líneas de intervención impulsadas a tenor de esos diagnósticos; 4) sondear la viabilidad de quienes señalan razones estructurales de más hondo calado para explicar la persistencia de la subnutrición; y 5) cuestionar, de modo implícito y transversal, con qué tiene que ver eso que nos han enseñado que es el desarrollo, si con la mejora de las condiciones de vida de la gente o, simple y llanamente, con el poder y la hegemonía.

1. LA ERA DEL DESARROLLO Y EL PROBLEMA DEL HAMBRE MUNDIAL

Parto en este texto de la acepción del desarrollo como un discurso y una praxis asociada a él, siguiendo los sugerentes planteamientos de autores como Arturo Escobar (1998, 1999) o Gilbert Rist (2002). Nos

(1) Acrónimo en inglés de la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

hallamos, en cierto sentido, ante una creencia quasi religiosa (Rist *dixit*): el dogma de que todos pueden llegar a ser como los presuntos desarrollados (que son quienes originalmente lanzan el discurso); una creencia, por cierto, que se traduce en un conjunto de prácticas –a menudo contrapuestas las unas con las otras– orientadas a alcanzar tan quimérica meta (quimérica por insostenible e inasumible). Es un discurso que, desde mediado el siglo XX, domina la dicotomía entre el sujeto *nosotros* (occidentales) y el objeto *ellos* (los otros). Si a lo largo de su historia, en efecto, Occidente ha conceptualizado a los no-occidentales como *bárbaros* (antigüedad clásica), *paganos* (expansión europea del XVI), *salvajes* (pensamiento ilustrado) o *primitivos* (evolucionismo y colonialismo decimonónicos) (Bestard y Contreras, 1987), tras la Segunda Guerra Mundial la última y más sofisticada clasificación dicotómica se articulará (exitosamente) alrededor de la noción de desarrollo: desarrollados/subdesarrollados, modernos/tradicionales, avanzados/atrasados (o emergentes, según el momento de la formulación), Primer Mundo *versus* Tercer Mundo, Norte frente a Sur (2).

La cuestión, además, se solapó hasta el fin de la guerra fría con la rivalidad de la geopolítica de bloques. De alguna manera, en esa tesitura el desarrollo se convirtió en una herramienta clave en la competencia de los Estados Unidos con la Unión Soviética, pues se aceptaba comúnmente, en el lado occidental, que si los países pobres no eran rescatados de su pobreza, terminarían sucumbiendo al comunismo. En esa lógica cabe interpretar el descubrimiento de la pobreza masiva en Asia, África y América Latina. En realidad, lo más innovador del nuevo discurso fue argumentar que el rasgo esencial del Tercer Mundo era su pobreza, prescindiendo de la etiología de ésta, y que la solución radicaba en el crecimiento económico convencionalmente entendido, convirtiendo así al desarrollo en una verdad evidente, universal y necesaria. De ahí que, definitivamente, la era del desarrollo sea también la del advenimiento del espacio econó-

(2) *La entronización a escala planetaria de ese discurso ha tenido unas consecuencias trascendentales sobre la dinámica de las relaciones entre pueblos y países. Ha convertido, en primer lugar, a la solidaridad en un imperativo moral (los desarrollados tienen la obligación ética y moral de ayudar a los subdesarrollados a desarrollarse), justificando de esta manera la intromisión, en nombre del fomento del desarrollo, de unos países hegemónicos en los procesos sociales y económicos de otros periféricos. Ha generado un gigantesco mercado de la solidaridad –o de la compasión, como en su día planteaba David Sogge (1998)– cuyos clientes (los beneficiarios) son los subdesarrollados, tradicionales, atrasados o emergentes del Sur que deben (y quieren y anhelan) desarrollarse y modernizarse. Ha conseguido colonizar, pues, los imaginarios colectivos de su objeto de intervención (las poblaciones desarrollables). Ha permitido articular, finalmente, un complejo entramado institucional (el aparato del desarrollo) que genera modelos teóricos y líneas prácticas de intervención, orientando, canalizando, financiando y evaluando el proceso dialéctico de acción-reacción-cambio por él mismo estimulado.*

mico en el que la renta per cápita y unas pocas macromagnitudes más constituyen el único baremo de comparación. Como muy bien apostilla Rist, «definiendo el subdesarrollo como un simple estado de carencia, el economicismo imponía su orden» (2002: 95).

Es una idea reiterada por todos los analistas que, si hubiera que fijar una fecha a modo de icono para marcar el principio formal de ese nuevo tiempo, esa sería el 20 de enero de 1949. Fue ese día cuando, en su Discurso sobre el estado de la Unión, el entonces presidente Truman hizo alusión, además de a tres puntos clave de su política exterior –apoyo a Naciones Unidas, continuidad de la reconstrucción europea vía Plan Marshall e intención de crear una organización militar común de defensa (OTAN) para neutralizar la amenaza soviética– al imperativo que los Estados Unidos tenían de ayudar a salir de la pobreza a las «regiones insuficientemente desarrolladas». Es el conocido como Punto IV, texto fundacional donde los haya de la episteme desarrollista:

«Debemos lanzarnos a un nuevo y audaz programa que permita poner nuestros avances científicos y nuestros progresos industriales a disposición de las regiones insuficientemente desarrolladas para su mejoramiento y crecimiento económico. (...) Más de la mitad de la población mundial vive en condiciones cercanas a la miseria. Su alimentación es inadecuada. Son víctimas de enfermedades. Su vida económica es primitiva y está estancada. Su pobreza es un lastre y una amenaza tanto para ellos como para las regiones más prósperas. (...) Por vez primera en la historia, la humanidad posee los conocimientos y las técnicas capaces de aliviar los sufrimientos de esos seres humanos. (...) Los Estados Unidos se destacan entre los países del mundo entero por el desarrollo de sus técnicas industriales y científicas. Los recursos materiales que podemos utilizar para ayudar a otros pueblos son limitados. Pero nuestros incommensurables recursos en materia de conocimientos técnicos se encuentran en constante crecimiento y son inagotables. (...) Opino que deberíamos poner a la disposición de los pueblos amantes de la paz los beneficios de nuestro acervo de conocimientos técnicos para ayudarles a alcanzar sus aspiraciones a una vida mejor. Y, en colaboración con otros países, debemos fomentar el desarrollo en las regiones necesitadas. (...) Nuestro objetivo debe ser el de ayudar a los pueblos libres del mundo entero a que, mediante sus propios esfuerzos, produzcan más alimentos, más vestidos, más materiales para la construcción y más energía mecánica para aliviar sus pesadas cargas» (cit. en Rist, 2002: 85-86).

En estos fragmentos del discurso de Truman podemos apreciar cómo, desde sus mismos inicios, el paradigma del desarrollo implicó una nueva concepción del mundo y sus desequilibrios. Frente a la contraposición colonizados/colonizadores, en la que cada categoría se ubica en universos contrapuestos y en la que la única vía para reducir la diferencia pasa por la liberación, en la dicotomía desarrollados/subdesarrollados tanto unos como otros aparecen en una misma escala, en un *continuum*. Se consolida, en cierto sentido, la quimera de que el subdesarrollado de hoy podrá –a través de la cooperación económica y la transferencia de tecnología– desarrollarse y ser mañana como el desarrollado: no hay contradicción estructural; hay complementariedad y espacio para la colaboración y la ayuda. El discurso del desarrollo va a instalar así un régimen de cosas que, además de allanar el camino hacia la injerencia de unos países sobre otros, va a hacer a ésta inmune a toda crítica: ¿Quién va a estar dispuesto a poner en cuestión una línea de actuación tendente a llevar la felicidad, la abundancia y la libertad a los ciudadanos desposeídos en los países del Tercer Mundo? La alocución de Truman encajó al hambre dentro de la agenda del desarrollo como uno de los temas prioritarios a resolver de inmediato. No parecía razonable, en un mundo donde el acervo tecnocientífico ponía al alcance de la mano por primera vez en la historia la posibilidad real de multiplicar la producción alimentaria y de mejorar la calidad de vida de las gentes, que casi la mitad de la población mundial fuera vulnerable al zarpazo de las hambrunas. De ahí que la guerra contra la pobreza y la subnutrición se convirtieran tempranamente en las grandes metas de instituciones emblemáticas como el Banco Mundial o la FAO (3). Llama no obstante la atención que los esfuerzos desplegados para erradicar la pobreza y el hambre se correspondan, después de más de sesenta años de intervenciones, con grandes volúmenes de población amenazada por la subnutrición en no pocos países y con la sensación de que la brecha de la exclusión, lejos de estrecharse, se ensancha sin parar.

1.1. Cuántos son los hambrientos y dónde están

Veamos qué nos dicen las estimaciones oficiales sobre el estado global de la subnutrición. Para ello voy a recurrir a las bases de datos

(3) Sorprende el lenguaje bélico –que no es neutro– empleado por todo el elenco de las instituciones de desarrollo: lucha, guerra, estrategia, combate... El enemigo a abatir –terco y tenaz enemigo– es el hambre, es el subdesarrollo, es la marginación. Los informes oficiales que se muestran a la opinión pública acostumbran a tener el tono propagandístico de los gobiernos que, en época de conflicto, elaboran discursos y softamas para animar a la población: prolijeran así las declaraciones optimistas que enfatizan los «logros», los «avances» de tal o cual estrategia.

elaboradas por la FAO y a sus series históricas (disponibles desde finales de los años sesenta) agrupadas por grupos de países; agrupaciones unas veces basadas en la ubicación de cada país en el mencionado *continuum* que va del subdesarrollo al desarrollo y otras –ya dentro del paquete de los no (todavía) desarrollados– en base a criterios geográficos y espaciales.

Hay que remarcar, para empezar, que la FAO calcula que en los albores del siglo XXI (años 2000-02) existían en nuestro mundo unos 852 millones de personas subnutridas; de éstos casi 817 en los países en desarrollo (Tercer Mundo), algo más de 28 en las regiones en transición (antiguos países socialistas en tránsito hacia la plena economía de mercado) y el resto en contextos desarrollados (el hoy llamado Cuarto Mundo). Dejando de lado las imprecisiones de esas etiquetas clasificatorias –más que imprecisiones, verdaderas arbitrariedades presentadas como categorías objetivables emanadas del propio discurso del desarrollo–, observemos para empezar qué sugieren los datos recogidos en los cuadros 1 y 2.

El primer renglón del cuadro 1 constituye en sí mismo todo un canto al optimismo, pues nos indica que durante los últimos treinta años del siglo XX el porcentaje de subnutridos en el mundo cayó la friolera de veinte puntos, del 37 por ciento de 1969-71 al 17 por ciento de 2000-02. Al parecer, ese descenso fue especialmente espectacular en Asia, donde el volumen de personas hambrientas pasó del 41 al 16 por ciento; igualmente notables son las reducciones en América Latina (del 20 al 10 por ciento) y en Oriente Medio y el Norte de África (del 23 al 10 por ciento). Únicamente en el África Subsahariana el porcentaje se mantuvo prácticamente estable (con un leve alivio en el último quinquenio). Los países ex-comunistas europeos y ex-soviéticos entran en 1995-97 en el cómputo y parecen estabilizarse, con una tendencia al alza en la antigua URSS, entre el 6-7 por ciento de su población.

Estimación optimista, sí. Optimista e irreal, por varias razones. La principal, porque no toma en cuenta el importante crecimiento de la población experimentado durante ese período. Vemos así cómo los datos del cuadro 2, que intenta contabilizar el número en millones de personas subnutridas, ofrecen un escenario más sombrío: en el mundo en desarrollo la cifra de hambrientos bajó de 963 millones (1969-71) a 816,8 (2000-02), mientras que en el ex-bloque soviético el desmoronamiento del sistema elevó el volumen de la subnutrición en más de 28 millones de personas. Leamos más de cerca el cuadro. La parte del león del descenso de hambrientos recae en Asia, especialmente en el Este y el Sudeste de ese conti-

nente. Afinando más, en números absolutos es Asia Oriental quien se lleva la mayor parte, con una reducción de más de un cuarto de millar de millones en esos treinta años. La regionalización de la tabla no debe inducirnos a engaño: estamos hablando básicamente de China, el gigante asiático que, según la misma FAO, ha protagonizado la lucha más exitosa y más espectacular contra la pobreza extrema que representa el hambre (4). Si eso es así, poco tiene que ver con las recetas convencionales estimuladas desde el aparato del desarrollo (la tendencia viene de mucho antes de la «apertura» de ese país) y, en todo caso, mucha relación tendrá con las políticas impulsadas por décadas desde el propio Estado chino. Hecha esta matización, y salvo excepciones –caso del Sudeste Asiático de 1980 en adelante– el panorama es más bien desilusionante: América Latina y el Caribe permanecen estancadas en los cincuenta y tantos millones; Oriente Medio y África del Norte, con grandes oscilaciones, casi no consiguen descender de los 40; y el África Subsahariana se perfila como el verdadero nudo gordiano del subdesarrollo en su máxima expresión: más de 204 millones de subnutridos en los albores del nuevo siglo frente a menos de 94 al principiar la década de 1970 (5).

Un segundo elemento para la reflexión viene por el lado de la periodización de las tendencias. En términos generales, parecen mejorar los datos hasta el parteaguas de 1980, sin duda de la mano de las políticas estatistas que, en consonancia con las teorías del desarrollo endógeno en boga en aquella época, tuvieron efectos constatables en la mejora del acceso alimentario de muchos cientos de millones de personas en los países del Tercer Mundo, muchos de ellos abocados a modelos desarrollistas que descansaban en el predominio del papel tutelar del Estado. Tras el advenimiento del neoliberalismo como nuevo dogma de las políticas macroeconómicas y su corolario, las políticas de ajuste de alto coste social, el empeoramiento es notorio en amplias regiones del planeta: Asia Meridional (con países como India, Pakistán y Bangladesh a la cabeza), América Latina y el Caribe, Oriente Próximo y Medio y, por supuesto, toda el África Subsahariana sin excepción.

(4) De los 251,3 millones de subnutridos menos que el cuadro 2 contabiliza en Asia y el Pacífico entre 1969-71 y 2000-02, 244,5 (el 97,3 por ciento) pertenecen a China, que redujo esta categoría desde los 386,6 millones del primer intervalo hasta los 142,1 del último (Cf. Dirección estadística de la FAO, <http://www.fao.org>).

(5) He tomado como referencia de llegada los años 2000-2002 porque constituye la horquilla más reciente sobre la que la FAO dispone de datos completos en el momento de redactar estas páginas (julio de 2009). En la nota que acompaña a la tabla 3 se especifican las carencias del cómputo correspondiente a 2003-2005. Los cálculos para los años posteriores (hasta 2009) son, por todo ello, excesivamente vagos y generalistas. Ver FAO (2008, 7).

Cuadro 1

POBLACIÓN SUBNUTRIDA EN LOS PAÍSES NO DESARROLLADOS (EN PORCENTAJE)

Región	1969- 1971	1979- 1981	1990- 1992	1993- 1995	1995- 1997	2000- 2002
MUNDO EN DESARROLLO	37	29	20		18	17
ASIA Y EL PACÍFICO	41	32	20		17	16
Asia Oriental	45	29	16		12	11
Oceanía	25	16	15		14	12
Sudeste Asiático	39	26	18		14	13
Asia Meridional	37	37	26		23	22
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE	20	13	13		11	10
América del Norte	12	5	5		5	5
América Central	30	20	17		20	20
Caribe	26	20	27		30	21
América del Sur	20	14	14		11	10
ORIENTE MEDIO Y NORTE DE ÁFRICA	23	9	8		10	10
Oriente Próximo y Medio	21	9	10		13	13
Norte de África	27	8	4		4	4
ÁFRICA SUBSAHARIANA	36	37	36		36	33
África Central	30	36	36		53	55
África Oriental	44	36	46		46	40
África Austral	34	34	48		45	40
África Occidental	31	39	21		17	16
PAÍSES EN TRANSICIÓN				6		7
Comunidad de Estados Independientes				7		9
Estados Bálticos				5		2
Este de Europa				3		3

1. Subnutrición: Por subnutrición la FAO entiende la condición de las personas cuyo consumo de energía alimentaria es permanentemente inferior a las necesidades mínimas para llevar una vida sana y realizar una actividad física liviana.

2. Agrupaciones de países del mundo en desarrollo: Asia y el Pacífico (*Asia Oriental:* China, Taiwán, Corea, República Popular de Corea, Mongolia; *Oceanía:* Islas Solomon, Fiji, Polinesia Francesa, Kiribati, Nueva Caledonia, Vanuatu, Samoa, Papúa Nueva Guinea; *Sudeste Asiático:* Camboya, Indonesia, Laos, Malasia, Myanmar, Filipinas, Tailandia, Vietnam, Timor, Brunei; *Asia Meridional:* Bangladesh, India, Nepal, Pakistán, Sri Lanka, Maldivas); América Latina y el Caribe (*América del Norte:* México, Bermuda; *América Central:* Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Belice; *Caribe:* Cuba, República Dominicana, Haití, Jamaica, Trinidad y Tobago, Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Dominica, Grenada, Antillas Holandesas, Saint Nevis, Saint Lucia, Saint Vincent y las Genadines; *América del Sur:* Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Guyana, Paraguay, Perú, Suriname, Uruguay, Venezuela); Oriente Medio y Norte de África (*Oriente Próximo y Medio:* Afganistán, Irán, Irak, Jordania, Kuwait, Líbano, Arabia Saudí, Siria, Turquía, Emiratos Árabes Unidos, Yemen, Chipre, Palestina [territorios ocupados]; *Norte de África:* Argelia, Egipto, Libia, Marruecos, Túnez); África Subsahariana (*África Central:* Camerún, República Centroafricana, Chad, República Democrática del Congo, República del Congo, Gabón, Sao Tomé y Príncipe; *África Oriental:* Burundi, Eritrea, Etiopía, Kenia, Rwanda, Somalia, Sudán, Tanzania, Uganda, Comores, Djibuti, Seychelles; *África Austral:* Angola, Botswana, Lesotho, Madagascar, Malawi, Mauricio, Mozambique, Namibia, Suazilandia, Zambia, Zimbabwe; *África Occidental:* Benin, Burkina Faso, Costa de Marfil, Gambia, Ghana, Guinea, Liberia, Malí, Mauritania, Níger, Nigeria, Senegal, Sierra Leona, Togo, Cabo Verde, Guinea-Bissau).

Fuente: Dirección Estadística de la FAO, <http://www.fao.org>

Cuadro 2

NÚMERO DE PERSONAS SUBNUTRIDAS (EN MILLONES) EN LOS PAÍSES NO DESARROLLADOS

Región	1969-1971	1979-1981	1990-1992	1993-1995	1995-1997	2000-2002
MUNDO EN DESARROLLO	962,3	926,6	825,2		798,6	816,8
ASIA Y EL PACÍFICO	770,6	731,4	569,6		509,9	519,3
Asia Oriental	392,8	309,2	198,8		155,1	151,7
Oceanía	0,9	0,8	0,9		1,0	0,9
Sudeste Asiático	111,5	92,1	78,5		66,4	65,5
Asia Meridional	265,3	329,4	291,4		287,4	301,1
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE	55,4	46,2	59,6		55,0	53,1
América del Norte	6,2	3,1	4,6		5,1	5,3
América Central	5,1	4,6	5,0		6,5	7,4
Caribe	5,4	4,9	7,9		9,1	6,8
América del Sur	38,8	33,7	42,0		34,4	33,6
ORIENTE MEDIO Y NORTE DE ÁFRICA	42,6	20,6	24,8		35,3	39,9
Oriente Próximo y Medio	23,2	13,1	19,4		29,6	33,7
Norte de África	19,2	7,3	5,4		5,7	6,1
ÁFRICA SUBSAHARIANA	93,9	128,4	171,2		198,4	204,6
África Central	10,5	16,6	22,7		38,8	45,2
África Oriental	40,1	43,8	76,9		89,2	86,8
África Austral	13,5	17,8	34,1		36,5	35,7
África Occidental	29,8	50,2	37,4		33,8	36,9
PAÍSES EN TRANSICIÓN				23,3		28,3
Comunidad de Estados Independientes				19,0		24,1
Estados Bálticos				0,4		0,2
Este de Europa				3,9		4,0

1. Subnutrición: Por subnutrición la FAO entiende la condición de las personas cuyo consumo de energía alimentaria es permanentemente inferior a las necesidades mínimas para llevar una vida sana y realizar una actividad física liviana.

2. Agrupaciones de países del mundo en desarrollo: Asia y el Pacífico (*Asia Oriental:* China, Taiwán, Corea, República Popular de Corea, Mongolia; *Oceanía:* Islas Solomon, Fiji, Polinesia Francesa, Kiribati, Nueva Caledonia, Vanuatu, Samoa, Papúa Nueva Guinea; *Sudeste Asiático:* Camboya, Indonesia, Laos, Malasia, Myanmar, Filipinas, Tailandia, Vietnam, Timor, Brunei; *Asia Meridional:* Bangladesh, India, Nepal, Pakistán, Sri Lanka, Maldivas); América Latina y el Caribe (*América del Norte:* México, Bermuda; *América Central:* Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá, Belice; *Caribe:* Cuba, República Dominicana, Haití, Jamaica, Trinidad y Tobago, Antigua y Barbuda, Bahamas, Barbados, Dominica, Grenada, Antillas Holandesas, Saint Nevis, Saint Lucia, Saint Vincent y las Genadines; *América del Sur:* Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Guyana, Paraguay, Perú, Suriname, Uruguay, Venezuela); Oriente Medio y Norte de África (*Oriente Próximo y Medio:* Afganistán, Irán, Irak, Jordania, Kuwait, Líbano, Arabia Saudí, Siria, Turquía, Emiratos Árabes Unidos, Yemen, Chipre, Palestina [territorios ocupados]; *Norte de África:* Argelia, Egipto, Libia, Marruecos, Túnez); África Subsahariana (*África Central:* Camerún, República Centroafricana, Chad, República Democrática del Congo, República del Congo, Gabón, Sao Tomé y Príncipe; *África Oriental:* Burundi, Eritrea, Etiopía, Kenia, Rwanda, Somalia, Sudán, Tanzania, Uganda, Comores, Djibuti, Seychelles; *África Austral:* Angola, Botswana, Lesotho, Madagascar, Malawi, Mauricio, Mozambique, Namibia, Suazilandia, Zambia, Zimbabwe; *África Occidental:* Benin, Burkina Faso, Costa de Marfil, Gambia, Ghana, Guinea, Liberia, Malí, Mauritania, Níger, Nigeria, Senegal, Sierra Leona, Togo, Cabo Verde, Guinea-Bissau).

Fuente: Dirección Estadística de la FAO, <http://www.fao.org>

El cuadro 3 refleja la tendencia actual, intensificada a partir del súbito e intenso incremento de los precios de los alimentos entre 2005 y 2008, hacia el empeoramiento de la situación general: en 2003-2005 los subnutridos pasaban ya de los 832 millones en ese mundo que nunca llega a desarrollarse, experimentando aumentos remarcables en Asia y en el África subsahariana. Considerando que se trata de datos muy incompletos, que a veces la reclasificación de los países impide su plena contrastación con las series históricas (6) y que, en cualquier caso, no están reflejados todos los que son, la estampa que se vislumbra es bastante tenebrosa. La propia FAO reconoce que, sólo de 2005 a 2007, el número de personas que padece hambre crónica aumentó en 75 millones, alcanzando la cifra de 923 millones (FAO 2008, 6) y superando el millar apenas dos años después, con 100 millones de subnutridos (FAO 2009, 4).

Cuadro 3

ESTIMACIÓN PROVISIONAL DE LA POBLACIÓN SUBNUTRIDA
(EN MILLONES Y EN PORCENTAJE) EN LOS PAÍSES NO DESARROLLADOS, 2003-2005

Región	Millones	Porcentaje
MUNDO EN DESARROLLO	832,2	16
ASIA Y EL PACÍFICO	541,9	16
AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE	45,2	8
ORIENTE MEDIO Y NORTE DE ÁFRICA	33,0	8
ÁFRICA SUBSAHARIANA	222,1	30

Estimaciones calculadas sin información de los siguientes países: Asia y el Pacífico (Corea, Taiwán, Vietnam, Timor, Brunei y Maldivas, además de toda Oceanía; incluye en cambio las ex-repúblicas soviéticas del Asia Central y Occidental); América Latina y el Caribe (México, Bermudas, Costa Rica, Belice, Cuba, Argentina, Chile, Uruguay y las Antillas menores); Oriente Medio y Norte de África (no se detallan cifras por países); África subsahariana (Gabón, Sao Tomé y Príncipe, Somalia, Comores, Djibuti, Seychelles, Cabo Verde y Guinea-Bissau).

Fuente: Dirección Estadística de la FAO, <http://www.fao.org>.

Todo esto leyendo simplemente y a vista de pájaro –entrar en mayor detalle escapa a la intención del presente texto– lo que aparece reflejado en los cuadros. La cuestión de fondo que me parece más inquietante, sin embargo, tiene que ver con cómo se calculan esos datos; con hasta qué punto las estimaciones oficiales edulcoran (o no) una realidad presumiblemente más dura; con hasta dónde esos cálculos, en tanto que forman parte de un determinado sistema de representación, condicionan la forma que tenemos de percibir, diagnosticar y analizar la realidad social.

(6) Es curioso observar, por ejemplo, cómo han desaparecido los estados «en transición», siendo absorbidos por alguna de las categorías de la clasificación binaria desarrollados/subdesarrollados.

1.2. Las estadísticas como sistema de representación

Si bien desde la década de 1960 se han ido elaborando métodos de cuantificación cada vez más sofisticados, lo cierto, como señalan Jesús Contreras y Mabel Gracia, es que «estos modelos se construyen con valores medios, los cuales enmascaran la heterogeneidad de las prácticas alimentarias dentro de cada país, subrayando, por otro lado, que no todos los países que ofrecen información a estas instituciones internacionales la dan con el mismo grado de fiabilidad» (2005: 359). Eso sin contar que, además, los criterios que definen la adecuación de las raciones diarias recomendadas por los nutricionistas han ido cambiando en función de elementos también dispares (7).

De entre todos los baremos de medición ensayados, el más común y generalizado es el del consumo de calorías. Se calcula, para empezar, lo que técnicamente se denomina «necesidades mínimas de energía alimentaria», y que se refiere, en un grupo de edad y sexo determinado, a «la cantidad de energía alimentaria por persona que se considera adecuada para satisfacer las necesidades energéticas que permiten llevar una vida sana y realizar una actividad física liviana». A partir de ahí, se elaboran promedios ponderados por países o regiones, construyendo unos listados que acaban convirtiéndose en la única vara de medir (8). Independientemente del grado de fiabilidad de las estadísticas disponibles, y más allá de las limitaciones de los mecanismos convencionales de cálculo de la energía disponible per cápita (9), la cuestión es que en los cuadros resultantes, con la única excepción de los Emiratos Árabes, no hay un solo país en desarrollo con unos requerimientos calóricos que llegue a las 2.000 kcalorías por persona y día: las medias oscilan entre las 1.750 y las 1.950.

(7) «Hace veinticinco años, consumir un porcentaje de proteínas de origen animal por debajo de 8 por ciento era un indicador de malnutrición, hoy ya no es así, e incluso se considera oportuno y más saludable que estas proteínas sean de origen vegetal. Otro criterio fundamental es el suministro de energía diaria necesaria para mantener el metabolismo basal que oscila según la persona y la edad entre las 1.300 y 1.700 kcalorías día. En 1950, la FAO planteó que 3.200 kcal/día era la cifra más adecuada. No obstante, ello suponía reconocer que el 60 por ciento de la población mundial se encontraba por debajo de la cantidad óptima. Desde entonces esta cifra ha sufrido varios reajustes. En 1996 se hablaba de 2.700 a 2.900 kcal/día y en la actualidad se plantea que sólo a partir de un consumo inferior a 2.100 kcal/día se podría hablar de subnutrición» (Contreras y Gracia, 2005: 359).

(8) Ver FAO, «Estadísticas sobre Seguridad Alimentaria» (<http://www.fao.org>). Para una explicación detallada de la metodología empleada, FAO (2003).

(9) Ésta se calcula sumando la producción nacional y el resultado relativo al comercio de productos alimentarios (importaciones y exportaciones), todo ello convertido en calorías, y restando el cómputo de calorías no disponibles debido a pérdidas entre la producción y el consumo. El resultado dará para cada país un total energético disponible; total que se divide por la población (FAO, 2003: 4). No cuesta mucho imaginar los problemas que presenta este tipo de cuantificación a la luz de la deficiencia de numerosos sistemas estadísticos. Más cuando volúmenes importantes de la producción no pasan por el mercado, sino que se destinan al autoconsumo.

Resulta sospechosa una estimación tan a la baja y, de hecho, no parece aventurado plantear una cierta intencionalidad de blanqueamiento de unas estadísticas que, si se elevara la barrera calórica de la subnutrición, ofrecería un panorama mucho más aciago (y acaso real) de la situación de la población mundial en esta primera década del siglo XXI (10). La cosa se complica más si tenemos presente otra cuestión fundamental: que las medias estadísticas a nivel nacional no nos dicen absolutamente nada sobre el reparto interno y el acceso diferencial que los distintos grupos sociales tienen sobre los alimentos y la riqueza. Esta circunstancia, en la medida en que además estamos hablando de países caracterizados por una elevada desigualdad en los ingresos, distorsiona enormemente la fotografía fija y homogénea transmitida a través de los cuadros estadísticos convencionales. De esta manera llegamos a una situación muy compleja en la que, como en su día señaló Bob Stutcliffe, en realidad «no sabemos cuántos de nuestra especie sufren hambre. Sin embargo, tenemos un volumen impresionante de estadísticas que pretenden dar una imagen de la dimensión del hambre en el mundo actual» (1996: 149). Una imagen que, emanada de un particular sistema de representación, está orientada a remarcar la idea de que la senda tecnoeconómica adoptada es la correcta, de que a pesar de las disfunciones el mundo marcha por el camino adecuado y de que, en definitiva, el aparato del desarrollo vela por los desheredados y avanza en su misión histórica de erradicar la malnutrición (11).

2. LOS ESTIGMAS DEL TERCER MUNDO

Ya en sus primeras formulaciones, el discurso del desarrollo estigmatizó al Tercer Mundo. Por obra y gracia de los expertos y los planificadores, la gran mayoría de la humanidad fue ubicada dentro del campo conceptual del subdesarrollo; un campo caracterizado por el tradicionalismo, la aversión a la *modernización* y la pervivencia de inercias seculares que estancaban a los países y a sus gentes. La heterogeneidad cultural y social de esos mundos se diluyó dentro del

(10) Muestra de ello es el hecho de que, frente a la estimación conservadora de 75 millones de nuevos subnutridos como consecuencia del alza en los precios de los productos básicos de 2005 a 2007 sugerida por la FAO, el Departamento de Agricultura de los Estados Unidos eleva esa cifra a 133 millones, y eso manejando únicamente una encuesta sobre 70 países. La razón de tal discrepancia estriba que en este último caso se utilizó un punto límite más elevado para determinar el umbral del hambre: 2.100 kilocalorías por persona y día. Cf. Rosen, Shapouri y Qanbeck (2008).

(11) La cuestión de la medición de la subnutrición se enmarca en el debate sobre la definición y cuantificación de la pobreza. Para un análisis crítico, resultan de enorme interés las reflexiones de José María Tortosa (2001: 103-108), así como el volumen coordinado por Pedro Ibarra y Koldo Uceta (2001).

magma homogéneo y simplificador de lo *atrasado*. El peso de la tradición y de la cultura –de una tradición y cultura inmutables, esencializadas, como al margen de la historia– y su particular comportamiento demográfico han sido algunos de los estigmas que han definido por décadas la naturaleza de las sociedades tercermundistas desde el pensamiento hegemónico.

A partir de la publicación del modelo de W. Arthur Lewis en 1954 sobre la *economía dual*, esa concepción de los países del Tercer Mundo como divididos entre un sector *moderno* (minoritario) y otro *tradicional* (mayoritario) se generalizó en la literatura especializada. Desde el mismo inicio de la era del desarrollo, de hecho, nació una rama de la sociología –la Sociología del Desarrollo– que, tomando como modelo a los estados capitalistas ya desarrollados, adoptó como patrón interpretativo un paradigma, el de la *modernización*, que estaba impregnado de un esquematismo y un etnocentrismo profundos. En esa lógica –y muy influidos por la secuenciación de Rostow– algunos autores interpretaron la situación de subdesarrollo en base a la incapacidad de sincronizar la transformación de ambos subsectores –el tradicional y el moderno– a lo largo del proceso modernizador (12). Un proceso que habría de transitar necesariamente a través de medidas que permitiesen por un lado poner control al crecimiento de la población y, por otro, transformar las estructuras productivas de los países; estructuras que tendrían que pasar por los andariveles ya marcados por la experiencia de las potencias desarrolladas. Para ello, nada mejor que la difusión de los logros técnicos experimentados con éxito en el Primer Mundo a fin y efecto de multiplicar las producciones agropecuarias, mercantilizar a sus campesinos, capitalizar sus explotaciones y adecuar, en fin, sus economías a los requerimientos cambiantes del capitalismo mundial (Kay, 2001) (13).

(12) En la consolidación de esa nueva versión cientifista del evolucionismo social, fue muy importante el éxito y la difusión del influyente libro de Walt W. Rostow *Las etapas del crecimiento económico* (1960), significativamente subtítulo Un manifiesto no comunista. Por no entrar aquí en más detalles, baste con recordar el leitmotiv de la obra –la visión unilineal del devenir de las sociedades humanas en base a su grado de desarrollo económico a través de cinco etapas (sociedad tradicional, condiciones previas al despegue, el despegue, el progreso hacia la madurez y la era del consumo de masas)– y su énfasis en la metáfora organicista del desarrollo, tanto más cuando el mismo Rostow afirmaba que el crecimiento económico presenta estrechas analogías con la biología.

(13) El de la modernización de los campesinos fue, al menos hasta la década de 1980, uno de los temas estrella en materia de desarrollo. Dentro de ese subgénero debemos distinguir, al menos, una aproximación economicista (Schultz, 1967) de otra más marcadamente culturalista (Foster, 1980; Rogers y Svenning, 1979), a efectos analíticos. Ambas son, por supuesto, complementarias y compatibles como las dos caras de una misma moneda. Su mínimo denominador común sería el siguiente: el campesinado percibido como un agente potencialmente impulsor del desarrollo económico (en una visión economicista del problema), pero frecuentemente dotado de una serie de especificidades culturales (visión culturalista) que le hacen reacio a la modernización y que es necesario vencer (de ahí la importancia de la Antropología aplicada y la Sociología rural).

2.1. El problema del crecimiento demográfico

Un tópico recurrente ha sido y es la asunción de que una de las principales razones de la persistencia del hambre es el crecimiento demográfico incontrolado y la consiguiente incapacidad de los países subdesarrollados para satisfacer su demanda alimentaria. De ahí la articulación de medidas tecnocráticas orientadas a paliar esta situación: me estoy refiriendo a las campañas pedagógicas (a veces impositivas) de acercar la planificación familiar a los hogares pobres. Esta visión, muy extendida entre la sociedad civil del Primer Mundo y entre las élites sociales y económicas del Tercero, adolece de una serie de distorsiones que la invalidan desde la óptica de la etiología de la pobreza y el hambre.

Los demógrafos advierten de que, en realidad, la mortalidad infantil, la fecundidad y el índice de crecimiento de la población están descendiendo —con altibajos y marcados desequilibrios— a escala planetaria. De alguna manera, se plantea la tesis de que el Tercer Mundo estaría inmerso en una transición demográfica tendencialmente similar a la ya experimentada por los países industrializados (14). David Reher, por ejemplo, sintetiza el proceso de la siguiente manera:

«There are indications that a large part of the world is about to commence a prolonged period of population decline. This will bring to a close three centuries of unfettered population growth, itself a unique experience in human history (...). For a number of decades during the second half of the twentieth century, world population growth rates surpassed 1.75 percent per year, exceeding 2 percent between 1970 and 1975, and were considerably higher in many world regions. Not only is this period of growth ending, there are also real perspectives for prolonged population decline in many of the world's regions during the twenty-first century. There can be little doubt that this process is well under way in Europe and in other developed nations. It may just be getting underway in many of the lesser developed countries of the world as well. Only in the least developed regions of the world is it still a matter of serious doubt, though there too population growth rates have declined substantially in recent years.

(14) Quiero subrayar lo de tendencialmente similar en el sentido de que hablar de transición demográfica no debe interpretarse, en mi opinión, como un ejercicio de europocentrismo, a saber: presuponer que todas las sociedades deben atravesar las mismas etapas en la evolución de sus poblaciones. Lejos de ello, el hecho de que pueda constatare la tendencia hacia una ralentización del crecimiento demográfico en el Tercer Mundo que obedece, como veremos, a una caída en las tasas de mortalidad y de fecundidad —elementos todos ellos coincidentes con la experiencia europea— no invalida el reconocimiento de la pluralidad de causas específicas que concurren en cada caso concreto.

The mechanics of decline can be traced to a prolonged reduction in fertility nearly everywhere in the world. In developed regions, fertility reached its maximum levels around a century ago. Since then, decline has been unchecked, with the brief interlude of the baby boom of the 1950s and 1960s. In other parts of the world, fertility decline started much later (1960s-1980s), though the pace of decline has been far faster than it was in the developed world. The result of this is that, with the exception of regions such as sub-Saharan Africa, inter-regional disparities in fertility at the beginning of the twenty-first century are far smaller than they were only 50 years ago. In large parts of the world, below-replacement fertility has been the norm for some time now, and in others there is a good chance that fertility, at present just above replacement levels, may be headed in the same direction» (Reher, 2005: 2).

Este autor comenta cómo en este momento la fecundidad está ya por debajo del mínimo de reemplazo en cerca de 60 países, muchos en el mundo *en desarrollo*. En su opinión, los lugares comunes que inducen a hablar en esos escenarios de transición demográfica son los siguientes: 1) una reducción de la fecundidad iniciada entre 1955 y 1980; 2) una reducción previa en la mortalidad: fue ese desequilibrio entre el descenso de la mortalidad y la caída posterior de la fecundidad lo que conformó un dilatado período de aceleración de las tasas de crecimiento demográfico que sólo en los últimos lustros ha comenzado a remitir en gran parte del mundo; 3) el ritmo de todos estos procesos ha sido bastante más rápido que en las transiciones demográficas históricas (caso europeo); de igual manera, el tamaño de los grupos domésticos está declinando con relativa celeridad, aunque con fuertes divergencias regionales (Reher, 2004 y 2005) (15).

De hecho, la proyección de Naciones Unidas para el año 2050 es que la población mundial alcance para entonces la cifra de casi 9.076 millones de habitantes, estimación sensiblemente alejada de los 11.658 millones calculados si se mantuvieran estables las tasas de fecundidad (cuadro 4). El Banco Mundial coincide bastante con estos cálculos, pronosticando que de 2050 en adelante «la fecundidad se mantendría a nivel de reemplazo y la esperanza de vida segui-

(15) *Realmente es complicado hacer generalizaciones de esta escala, más en un escenario tan desigual como el actual. Los datos agregados por grandes regiones y por países nos acercan más a la diversidad y las contradicciones de unas situaciones que, en el caso del África Subsahariana, alcanzan su máximo dramatismo: tal como reconoce el Informe sobre Desarrollo Humano de 2005, en esa zona del planeta las expectativas de vida al nacer son, mutatis mutandi, las de la Inglaterra de 1840 (PNUD, 2005: 29).*

ría aumentando», acercándose así la población mundial «al crecimiento cero y a mantenerse estacionaria a finales del siglo» (Livi Bacci, 2002: 261). Naciones Unidas trabaja con la hipótesis de una estabilización de los contingentes humanos durante la segunda mitad de la presente centuria por debajo de los 11.500 millones, una cifra claramente asumible desde el punto de vista alimentario. Conviene no perder de vista que la producción agroalimentaria actual es suficiente para abastecer a toda la población mundial. Contreras y Gracia nos recuerdan en este sentido que «la FAO hace más de quince años elaboró un informe en el que señalaba que el mundo, en el estado actual de las fuerzas de producción agrícola, podría alimentar

Cuadro 4

POBLACIÓN MUNDIAL (MILES): SERIE HISTÓRICA DESDE 1950 Y PROYECCIONES HASTA 2050

Año	Variante media	Estimación al alza	Estimación a la baja	Est. con fecundidad estable
1950	2.519.470	2.519.470	2.519.470	2.519.470
1955	2.757.399	2.757.399	2.757.399	2.757.399
1960	3.023.812	3.023.812	3.023.812	3.023.812
1965	3.337.974	3.337.974	3.337.974	3.337.974
1970	3.696.588	3.696.588	3.696.588	3.696.588
1975	4.073.740	4.073.740	4.073.740	4.073.740
1980	4.442.295	4.442.295	4.442.295	4.442.295
1985	4.843.947	4.843.947	4.843.947	4.843.947
1990	5.279.519	5.279.519	5.279.519	5.279.519
1995	5.692.353	5.692.353	5.692.353	5.692.353
2000	6.085.572	6.085.572	6.085.572	6.085.572
2005	6.464.750	6.464.750	6.464.750	6.464.750
2010	6.842.923	6.903.276	6.781.431	6.881.529
2015	7.219.431	7.382.434	7.054.584	7.337.041
2020	7.577.889	7.873.172	7.280.148	7.819.287
2025	7.905.239	8.336.867	7.471.426	8.321.838
2030	8.199.104	8.784.155	7.618.083	8.855.299
2035	8.463.265	9.237.907	7.712.423	9.439.779
2040	8.701.319	9.709.446	7.753.745	10.092.723
2045	8.907.417	10.184.739	7.741.810	10.827.058
2050	9.075.903	10.646.311	7.679.714	11.657.999

Fuente: Population Division of the Department of Economic and Social Affairs of the United Nations Secretariat, World Population Prospects: The 2004 Revision and World Urbanization Prospects: The 2003 Revision, <http://esa.un.org/unpp>.

sin problemas a más de doce mil millones de seres humanos; hoy ya se habla de veinte mil» (2005: 358).

Por otro lado, más que considerar a la superpoblación como causa del hambre, sería más correcto plantear que ambos fenómenos, superpoblación y hambre, son consecuencias de la desigualdad y la pobreza. Son numerosos los trabajos que señalan que, en efecto, frente a la exclusión y la escasez, «las familias pobres necesitan muchos niños para ayudar en los trabajos del campo y, dada la alta tasa de mortalidad infantil, necesitan más embarazos para alcanzar un tamaño adecuado de la familia». De ahí que, de acuerdo con este planteamiento, «una alta tasa de natalidad revela una reacción defensiva de la gente contra la inevitable pobreza», pues «los hijos son mano de obra que aumenta la misérrima renta familiar» (Lappé, Collins, Rosset y Esparza, 2005: 49 y 50). Visto así, ¿cómo se explicaría entonces la tendencia detectada por los demógrafos hacia la transición demográfica? Pues en base a la disminución mencionada del crecimiento de la población generada por la consolidación de cambios de largo alcance; unos cambios que pueden ser inducidos por la disminución de la mortalidad infantil (y aquí la implementación de políticas sociales por parte de los respectivos estados ha jugado un papel esencial, piénsese en casos emblemáticos como Cuba o Kerala), y por la acción combinada de campañas oficiales de planificación y control familiar (16). Con el paso de los años, además, el contexto macro (regional o estatal) en el que se desenvuelven las pobrezas cotidianas se ha constreñido tanto –sobre todo con los ajustes de corte neoliberal– que, simple y llanamente, tener muchos hijos ha perdido buena parte de su ventaja estratégica en la lógica de la reproducción familiar, llegando a convertirse a menudo en un problema añadido.

Una cuestión importante desde el punto de vista de la más que razonable presunción de la persistencia (si no aumento) de la subnutrición, es lo que Massimo Livi Bacci denomina los cambios geodemográficos acarreados por esos procesos: «entre 2000 y 2050 el peso de la población de los países desarrollados bajará del 19,7 por ciento al 12,7 por ciento de la población mundial; el peso de Europa bajará, incluso más rápidamente, del 12 por ciento al 6,5 por ciento. En el mundo pobre aumentará intensamente el peso de la población afri-

(16) *Recuérdese que las décadas de la caída de la mortalidad coinciden con la época de la descolonización (África y Asia) y de la puesta en funcionamiento de ambiciosos modelos desarrollistas (América Latina); en cualquier caso se trataba de un tiempo en que los poderes públicos, con el Estado a la cabeza, estimularon medidas de salud pública que, con resultados desiguales, se tradujeron a menudo en un aumento de la expectativa de vida.*

cana, que pasará del 16,3 por ciento al 24,6 por ciento en 2050» (2002: 258-259), y suma y sigue. Si a pesar de tener capacidad para alimentar a muchos más de los que somos la realidad del hambre es la que es, no cuesta mucho imaginar qué puede pasar si, manteniendo estables los demás factores que intervienen en el *maldesarrollo* –por utilizar la expresión de Tortosa (2001)–, se cumplen los augurios (por otra parte altamente probables) de unas cuantas décadas de incrementos poblacionales especialmente concentrados en los países más castigados por la pobreza y la exclusión. Incluso en un escenario de crecimiento cero a cinco o seis décadas vista, la situación que se avecina es aterradora.

3. LOS LÍMITES DE LA MODERNIZACIÓN

Unas veces de manera simultánea, otras alternándose en función de las coyunturas y las modas impuestas por la Economía y la Sociología del Desarrollo, la revolución verde, el énfasis en reformas moderadas y controladas de las estructuras productivas, la articulación de un complejo entramado de cooperación internacional Norte-Sur y, especialmente en el último cuarto de siglo, una fe incondicional en las oportunidades brindadas por los mercados globalizados, han sido las principales recetas publicitadas desde el aparato del desarrollo como las vías más importantes hacia la modernización y la victoria en el combate contra el hambre.

3.1. La panacea de la revolución verde

Según sus apologetas, la generalización en los países subdesarrollados de la llamada revolución verde aumentaría el rendimiento de los cereales, generando un incremento en los ingresos de los productores pobres y ayudándoles por ende a salir de la pobreza. El término se acuñó en la década de 1960, aunque hacía años ya que su paquete tecnológico se aplicaba en el Tercer Mundo. Tras su experimentación temprana en el norte de México con semillas híbridas de altos rendimientos de cereal (17), dicha estrategia de desarrollo rural se expandió rápidamente por Asia, apareciendo en poco tiempo nuevas

(17) En 1943, a resultas de la colaboración entre el Gobierno Federal mexicano y la Fundación Rockefeller, se creó la Oficina de Estudios Especiales, cuyo objetivo era aumentar la producción de alimentos a partir de semillas híbridas de altos rendimientos y de la aplicación meticolosa del adecuado paquete de insecticidas y fertilizantes sobre tierras de regadío. A este modelo, que se estaba desarrollando exitosamente en los Estados Unidos, se le suponía perfectamente transferible a México, a pesar de que, realmente, los únicos capaces de asumirlo con garantías eran los grandes propietarios de los distritos de riego norteros. La experiencia mexicana sirvió como laboratorio y cabeza de puente para su difusión al resto de América Latina.

variedades de arroz, maíz y trigo. De ese modo, para los años noventa del siglo XX, casi el 75 por ciento de las áreas arroceras asiáticas estaban sembradas con esa clase de simientes, la mitad del trigo plantado en África y más del 50 por ciento del cultivado en América Latina y Asia, así como el 70 por ciento del maíz mundial: sobre el 40 por ciento de los agricultores del Tercer Mundo usaban las semillas aportadas por la revolución verde, especialmente en Asia y en América Latina.

¿Qué pasó, a trazo grueso, con la revolución verde? ¿Cómo ha sido posible multiplicar la capacidad de producción de alimentos y al tiempo ser incapaces de garantizar un cambio de tendencia definitivo hacia la erradicación del hambre en el mundo? Sin ánimo de exhaustividad, pero queriendo sintetizar los aspectos más importantes, la experiencia acumulada permite explicitar cinco argumentos críticos básicos sobre la panacea que no fue la revolución verde.

Primero. Los más beneficiados entre los productores rurales fueron los grandes cultivadores, pues fueron los más rápidos en adoptar el nuevo paquete tecnológico, los que contaron con más ayudas (crediticias, de asesoría técnica, de inversiones públicas –tipo riego, por ejemplo). Esta circunstancia hizo que, en términos generales, el incremento productivo (concentrado en las unidades mayores) redundara en una caída del precio de los cereales muy nociva para los campesinos pequeños y más pobres, que quedaron en una posición competitiva más débil que la que tenían antes.

Segundo. La revolución verde se concentró en un grupo reducido de cultivos, ignorando y prescindiendo de la rica diversidad de alimentos producidos por los campesinos (18) y actuando de *facto* como correa de transmisión de la integración de éstos a los mercados, imponiendo sutilmente la especialización y el monocultivo en detrimento de la biodiversidad, la lógica del autoconsumo y vulnerando, así, el acceso y el control de las comunidades locales sobre sus propios sistemas de abasto alimentario. Eso sin contar que muchas economías campesinas del Tercer Mundo se desenvolvían –y lo siguen haciendo, cada vez en peores condiciones– en tierras marginales o, en cualquier caso, de una calidad en principio poco idónea para la generalización de ese paquete tecnológico.

Tercero. La revolución verde implica insumos caros, que los campesinos deben adquirir en el mercado a pesar de sus escasos recursos,

(18) «Los recursos genéticos vegetales mundiales, esenciales para el desarrollo de nuevas variedades de semillas, se están reduciendo. En la India, donde había 30.000 variedades naturales de arroz hace sólo medio siglo, es probable que no queden más de cincuenta dentro de quince años» (Lappé, Collins, Rosset y Esparza, 2005: 110).

y que son fabricados por corporaciones que promueven, difunden y perpetúan esas tecnologías. Los verdaderos grandes beneficiarios de la revolución verde ni siquiera son aquellos agricultores que por las razones que fuera (apoyo estatal, disponibilidad de tierras de calidad, crédito, etc.) consiguen aplicar exitosamente ese paquete tecnológico, sino las transnacionales productoras de los insumos y el sistema financiero que moviliza los capitales (o los prestamistas locales, a pequeña escala). Esto nos sitúa frente a otro gran problema agravado por la revolución verde: el de la dependencia del Sur (y dentro de cada país de los pequeños campesinos) con respecto a los flujos financieros del Norte, que neutralizan las posibles ventajas acarreadas por los incrementos de producción derivados de las nuevas tecnologías.

Cuarto. Más de la mitad de los mil millones de habitantes rurales del Tercer Mundo o no tienen tierra o tienen muy poca. Obviamente son estos los sectores más vulnerables al hambre y los que más dificultades tienen para beneficiarse de las regalías de la revolución verde. A ello hay que añadir los efectos de la adopción de maquinaria ahorradora de mano de obra entre las unidades grandes y capitalizadas desde el punto de vista de los mercados locales y regionales de trabajo. No cuesta mucho imaginar qué pasa tras la generalización de una estrategia intensiva en el uso del capital y extensiva en la utilización de mano de obra en escenarios como los habituales en muchas regiones calificadas como subdesarrolladas, donde la escasez de capitales (que hay que importar, vía endeudamiento) se corresponde con una abundancia de fuerza de trabajo cada vez más presionada a abandonar el medio rural (19).

Quinto. La revolución verde, además, constituye en sí misma un modelo insostenible, y eso contemplando el proceso desde diferen-

(19) *Me parece oportuno traer aquí de nuevo a colación la experiencia mexicana con la revolución verde, por ser pionera en América Latina. Hewitt de Alcántara (1985, 1992) resume en siete sus principales consecuencias para el período 1940-70: el espectacular avance de la mecanización y el uso de fertilizantes e insecticidas; el incremento de la dependencia tecnológica del exterior; el aumento global de las producciones; la obtención a largo plazo de excedentes de trigo antieconómicos; la consolidación de una estructura dual en la oferta de créditos e insumos; el fortalecimiento de un sector agrario polarizado, con las implicaciones negativas que ello tiene desde el punto de vista del desarrollo industrial; y el incremento de la brecha que separa el norte del sur del país. Como contrapartida, los frutos aparentemente más exitosos (en términos productivos) no tardaron en llegar. Entre los años 1942 y 1964 se experimentó un incremento medio de la producción agraria del orden del 5,1 por ciento, en contraposición al 3,1 por ciento del crecimiento demográfico. Realmente, pocos fueron los países latinoamericanos con tasas semejantes. Los avances de la modernización permitieron (aún con un cierto retraso con respecto a las previsiones de los técnicos) que México se hiciera autosuficiente (y excedentario) de trigo en 1956, pero a un costo muy alto. Y es que, en realidad, el trigo producido en los oasis irrigados norteros, con insumos onerosos muchas veces subsidiados por el gobierno y protegidos por un precio artificialmente elevado, no podía competir en el mercado mundial y hubo de venderse con pérdida.*

tes perspectivas. En primer lugar hay que destacar su dependencia del uso intensivo de energías no renovables –los mejores resultados se obtienen utilizando gran cantidad de plaguicidas y fertilizantes químicos– y lo que ello supone en materia de contaminación ambiental (pienso por ejemplo –y no sólo– en los acuíferos) y de degradación de los suelos a largo plazo, pues el cultivo de variedades de altos rendimientos limita las prácticas habituales en el medio campesino de rotación de los cultivos, «que erosionaban menos la cantidad de nutrientes de la tierra y obtenían un mayor rendimiento por unidad de fertilizante utilizada» (Gutiérrez, 1996: 236). Con esto entramos en otro tipo de consideraciones: las que aluden a los costos que para los campesinos implica mantenerse dentro de la línea de flotación de la revolución verde. Si bien es cierto que pueden obtenerse mejores resultados en términos de producción, también es verdad que los costos también aumentan, habitualmente con mayor rapidez que los rendimientos (20). De modo que la pregunta es obvia: ¿quién puede sobrevivir como pequeño productor y mantenerse así en el mercado?

Buena muestra de la vulnerabilidad implícita del modelo de la revolución verde la tenemos en los efectos demoledores que el fuerte incremento de los precios del petróleo entre 2004 y mediados de 2008 acarreó para millones de pequeños campesinos dependientes del mercado como consumidores de insumos industriales y, también, como compradores de rubros básicos que ya no producen, o producen en cantidades insuficientes para garantizar el consumo doméstico gracias precisamente a su inserción en los mercados como productores especializados (monoproductores en muchos casos): el encarecimiento del crudo multiplicó por tres los costos de los fertilizantes y duplicó los del transporte en 2006-2008 (FAO 2008, 10), presionando al alza los precios de los alimentos y constituyendo, pues, uno de los factores explicativos del reciente repunte de la subnutrición.

Otro elemento que hay que tener presente es que los defensores de la revolución verde –aquéllos que piensan que, a pesar de todo, las «luces» son mayores que las «sombras» que proyecta– están publicitando los avances en biotecnología como su continuación; como una verdadera segunda revolución verde que vendrá a complementar los avances de la primera. La biotecnología ha permitido la transferencia de genes de una especie a otra para crear variedades transgénicas

(20) Debe tenerse en cuenta en este sentido que, por ejemplo en Asia, el incremento anual de fertilizantes en los arrozales aumentó entre 3 y 40 veces más que el aumento de los rendimientos del arroz durante los últimos treinta años del siglo XX (Shiva, 1991).

con unas técnicas que, ciertamente, pueden ser aplicadas a casi cualquier cultivo e incluso al ganado. El hecho de que estos productos sean patentados por corporaciones químicas y farmacéuticas que dominan una gran parte de la industria de las semillas –las mismas que ya antes monopolizaban el mercado de fertilizantes y pesticidas (21) – no es óbice para que, desde la FAO, esta estrategia sea conceptualizada como una oportunidad abierta para satisfacer las necesidades de los pobres:

«Superando las restricciones de la producción que son insolubles con la selección convencional, la biotecnología puede acelerar los programas de selección convencional y proporcionar a los agricultores materiales de plantación libres de enfermedades, sustituyendo las sustancias químicas tóxicas que dañan el medio ambiente y la salud humana. La biotecnología puede elaborar instrumentos de diagnóstico y vacunas que ayudan a luchar contra las enfermedades de los animales más graves. Por último, la biotecnología puede mejorar la calidad nutricional de los alimentos básicos como el arroz y la mandioca y crear nuevos productos para usos sanitarios e industriales.

La biotecnología no puede superar las lagunas en la infraestructura, la reglamentación, los mercados, los sistemas de semillas y los servicios de extensión que obstaculizan la aportación de tecnologías agrícolas a los agricultores pobres en zonas remotas. Tampoco puede superar las fallas institucionales, las deficiencias del mercado y las insuficiencias de las políticas que obstaculizan todo esfuerzo destinado a promover el desarrollo agrícola y rural en muchos países. Queda mucho por hacer para que los productores de los países en desarrollo puedan adoptar sus propias decisiones con respecto a esas tecnologías en su propio beneficio» (FAO, 2004: 122).

Dejando de lado los aspectos relacionados con la salud (¿son tan inocuos como se dice los alimentos elaborados con productos transgénicos?) y con el control del mercado de esas semillas por parte de un grupo reducido de transnacionales, vemos en este texto cómo la

(21) Los cultivos desarrollados históricamente en Asia, por ejemplo, están siendo patentados por grandes empresas, que se apropian gratuitamente de desarrollos intelectuales ajenos y milenarios. Las compañías químicas globales, recientemente redefinidas como compañías de las ciencias de la vida, declaran que sin ellas y sin los productos patentados por ellas, no se podría dar de comer al mundo. Vandana Shiva (2003), sin embargo, denuncia que estas prácticas agrícolas y comerciales no sólo degradan el ambiente sino que también erosionan la estructura social en los países del Tercer Mundo, sin que nadie tome verdadera conciencia de ello. En realidad –asevera– nos hallamos ante un modelo destinado preferentemente a abastecer los grandes mercados internacionales de productos de lujo, relegando la producción de bienes de consumo básico, y condenando al hambre a importantes masas de población.

FAO apunta algunas ventajas potenciales y algunos riesgos que amenazan el porvenir de esta nueva revolución verde. Me parece interesante sobre todo porque reconoce –muy en unos parámetros *stiglitzianos* (imperfección de los mercados y debilidad institucional en el Tercer Mundo)– que sin medidas de carácter estructural previas o paralelas que garanticen el acceso a todos de la nueva estrategia y una cierta distribución del ingreso, no es posible el avance de los más desfavorecidos. Visto lo visto, analizando cómo se desarrolló la primera revolución verde, constatando que el discurso con que hoy se publicita la segunda se asemeja mucho en su argumentario al que bombardeó a los imaginarios colectivos de los campesinos tradicionales durante décadas, contemplando la naturaleza oligopólica de los mercados de insumos y la poca voluntad política perceptible a nivel internacional de llevar a cabo transformaciones estructurales en profundidad, es comprensible que el escepticismo más absoluto –cuando no directamente el pesimismo– esté instalado en nuestra visión de lo que con mucha probabilidad continuará caracterizando el devenir de ese combate eterno (por interminable) librado (en teoría) por la erradicación del hambre en el mundo (22).

3.2. El tenue barniz de las medidas reformistas

Que los modelos tecnoeconómicos hayan sido dominantes durante la era del desarrollo no implica que, en determinadas coyunturas, no fueran de la mano de medidas de carácter estructural y redistributivo. Las décadas de 1960 y 1970 fueron proliferas en el impulso, por ejemplo, de reformas agrarias en numerosos países del Tercer Mundo. Por aquella época se argumentaba que una distribución más equitativa de la propiedad de la tierra mejoraría el ingreso de los campesinos, pondría las bases para una mayor y mejor difusión de la revolución verde y convertiría las áreas rurales en un acicate del desa-

(22) Xavier Montagut y Fabricio Dogliotti apuntan que la experiencia argentina, un país tradicionalmente agro-exportador, «ayuda a entender cómo, en poco tiempo, se puede generar una dependencia total de un modelo depredador y contaminante, capaz de disminuir sensiblemente la soberanía alimentaria para, en definitiva, dejar al país más pobre que antes. La introducción de los cultivos de soja transgénica (que han sustituido paulatinamente los otros cereales) ha creado una suerte de dependencia de las empresas agrícolas argentinas del negocio internacional de la agroindustria. La ampliación de los cultivos y la alta contaminación biológica que conllevan [los transgénicos] están destruyendo buena parte de los ecosistemas originarios y hoy en día la mayoría de las explotaciones de soja están directamente en manos de grandes transnacionales (o de sus intermediarios locales), que dejan un margen de beneficio a las empresas locales y a la sociedad en general ridículamente bajo. El desvío de intereses económicos y recursos hacia la producción para la exportación de soja ha dejado a la agricultura y a la ganadería tradicionales, bases de la alimentación argentina, con serios problemas. Se calcula que los argentinos comen hoy [2006] diez kilos de carne vacuna menos que en 2002 y la misma disminución afecta a los demás productos con base de proteínas que están intentando sustituir con alimentos derivados de la soja, con un valor nutricional –y cultural– mucho más pobre» (2006: 44).

rrollo industrial endógeno. Partiendo de los ejemplos exitosos experimentados –entre 1945 y 1953 y bajo la tutela directa de los Estados Unidos– en Taiwán, Corea y Japón, el patrón reformista se exportó, con resultados dispares y controvertidos, como receta a seguir en contextos caracterizados por una alta polarización de la propiedad y un dualismo estructural que estrangulaba el camino hacia la modernización. Hasta entrados los setentas, pues, el de la *reforma agraria integral* sería –junto al de la revolución verde– el otro paradigma de moda en desarrollo rural (23).

La primera dificultad que planteó su aplicación fue la de la inexistencia previa en muchas de las naciones a *reformular* de mecanismos de crédito, cooperativas o servicios de extensión agraria, déficit difícil de improvisar en poco tiempo. Además, la reforma nunca fue en la práctica suficientemente integral, ya que con ella se pretendieron generalizar patrones de crecimiento propios de países desarrollados a contextos estructuralmente diferentes. Siguiendo a Warriner (1969: 62-63), más que la propia idea de reforma integral, lo verdaderamente criticable es la forma sesgada, etnocéntrica y a menudo instrumentalizada por las élites en que acostumbró a ser puesta en práctica. Por otro lado, la reivindicación de la reforma agraria se había convertido en un arma ideológica de doble filo desde el mismo inicio de la guerra fría: si de una parte –y en nombre de la colectivización de los medios de producción– fue canalizada por la Unión Soviética y China para expandir el socialismo, de la otra los Estados Unidos hicieron lo propio –en nombre de la *reforma integral*– en aras de su prevención. *La reforma integral* pretendía proyectar al exterior el modelo norteamericano, al tiempo que la *colectivización de la agricultura* era percibida en el otro extremo como una etapa en el camino hacia la socialización. Al final, la reforma acabó en ambos casos siendo más eficaz desde el punto de vista de la adecuación de las estructuras agrarias a los requerimientos macroeconómicos que desde el de los intereses de los campesinos a quienes teóricamente estaba dirigida (24).

(23) Dicho concepto, acuñado como una réplica al proceso de reforma radical que se ensayaba en la Cuba revolucionaria, fue definitivamente consagrado en la Conferencia Mundial sobre la Reforma Agraria que, bajo los auspicios de la ONU, se celebró en Roma en 1966. En esa ocasión, la reforma integral se definió tibia y confusamente como una serie «de medidas para eliminar los obstáculos que dificultan el desarrollo económico y social, los cuales se deben a defectos de la estructura agraria» (Conferencia Mundial, 1969: 187). Su objetivo fundamental habría de ser, en teoría, avanzar la pequeña explotación familiar como punta de lanza de la modernización agrícola a través de un complejo programa de colaboración (educación, crédito, organización de cooperativas, etc.).

(24) Naturalmente que hubo ocasiones en las que la legislación reformista tuvo un gran impacto sobre los pequeños productores rurales: tal fue en países como Bolivia, Perú, Ecuador o México, donde mal que bien garantizó el

América Latina fue una de las grandes regiones del planeta en donde más ahínco se puso en la reforma agraria. Desde el paradigma de la industrialización a base de sustitución de importaciones (25), se la consideraba requisito *sine qua non* del desarrollo, pues las explotaciones familiares resultantes deberían orientar sus producciones hacia el suministro de alimentos básicos a bajo precio, a fin de abastecer los mercados urbanos en expansión y abaratar el costo de la vida para la nueva fuerza de trabajo descampesinizada de las ciudades. Los resultados, sin embargo, tienen más que ver con la adaptación de las estructuras agrarias al avance del capitalismo desarrollista de la época que con una mejora sustancial de las condiciones de vida del campesinado (Kay, 1998). Es un lugar común de la bibliografía disponible el hecho de que, a menudo, las reformas contribuyeron más bien a estabilizar y reforzar –o en su caso redefinir– las estructuras asimétricas preexistentes:

«Bien fuera por la timidez de las iniciativas redistributivas, por su deliberada tergiversación o por la puesta en funcionamiento de verdaderas contrarreformas agrarias tras avances más o menos significativos de la equidad (es el caso de Guatemala a partir de 1954 o el de Chile tras el golpe de 1973), el caso es que el sector no reformado de la agricultura mantuvo las mejores tierras y acaparó la mayor parte de los servicios (como crédito, infraestructura o riegos) destinados al agro. Los cambios inducidos, pues, no siempre incrementaron el consumo ni el mercado interno, y el vigoroso desarrollo de las grandes unidades capitalizadas terminó limitando las perspectivas económicas de un subsector campesino nuevamente relegado. Podría afirmarse (...) que las reformas sirvieron para adecuar las estructuras agrarias a los requerimientos del desarrollismo periférico del momento: eso significó liquidar las relaciones de producción precarias (pre-capitalistas, en la literatura de la época), consolidar mercados de trabajo típicamente capitalistas, fomentar la mercantilización de las economías campesinas y facilitar la generalización selectiva del

acceso a un pedazo de tierra de muchas familias campesinas. En Asia, un ejemplo emblemático lo constituye el del estado de Kerala (India), donde la reforma de 1969 abolió el arrendamiento y permitió una redistribución masiva de la tierra. Se entregaron más de 800.000 ha, beneficiando a un millón y medio de antiguos arrendatarios. A pesar de que se ha tolerado la existencia de un índice relativamente elevado de concentración de la tierra, los efectos de la reforma son perceptibles en el hecho de que los indicadores de desarrollo humano están en Kerala muy alejados de los del resto del país; así lo sugiere la tasa de mortalidad infantil (niños menores de cinco años), que es de 19 por cada 1.000 nacidos vivos, mientras que la del conjunto de la India está en 95 (PNUD, 2005: 34).

(25) Paradigma teorizado e impulsado en el entorno de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Un buen análisis generalista del modelo es el presentado por Sheenan (1990: 104-135). Ver también la síntesis de Gabriel Guzmán (1976) y la de Adolfo Gurrieri (1982).

paquete tecnológico de la revolución verde. Actuaron, paradójicamente, como correa de transmisión de lo que, con mucho acierto, Jaques Chonchol (1996) califica como la “modernización conservadora y excluyente” de los sistemas agrarios latinoamericanos» (Bretón, 2006: 61).

Las estimaciones sobre pobreza, indigencia y prevalencia de la subnutrición no dejan lugar a dudas, y marcan con claridad los límites de la vía reformista tal como se ensayó en América Latina. Según datos de la CEPAL (26), en 1970, en pleno proceso reformista en la mayor parte de los países de la región, el 62 por ciento de los hogares rurales estaban bajo la línea de la pobreza, y el 34 por ciento de la indigencia. Eso se traducía, recuérdese (cuadro 2), en un volumen de población subnutrida del orden de los 55,4 millones de personas. Diez años después, la magnitud de la pobreza rural había descendido al 54 por ciento y la de la indigencia al 28 por ciento, en parte como consecuencia del impacto positivo para una porción del campesinado de las reformas, y en parte también como efecto del fuerte éxodo rural estimulado por la industrialización y la expansión del paquete tecnológico de la revolución verde. En consonancia con ello, la subnutrición descendió en ese decenio hasta los 46,2 millones. De ahí en adelante, los ajustes estructurales de corte neoliberal y la apertura comercial y financiera estimulada por el Consenso de Washington no van a hacer más que estabilizar el número de personas hambrientas a los niveles de los años sesenta, dejando el porcentaje de pobres e indigentes como en los albores de los ochenta. En esa coyuntura, los límites de las reformas ensayadas, el camino hacia la articulación de grandes espacios económicos y la consolidación de modelos de crecimiento netamente neoliberales, enterraron este tipo de medidas reformistas dentro del cajón de sastre de lo obsoleto y no viable en los nuevos escenarios de la globalización (27).

(26) Ver CEPAL (2004). Este organismo define la pobreza como aquella situación en que los hogares disponen de ingresos inferiores al doble del costo de una canasta básica de alimentos. La indigencia, por su parte, se refiere a cuando ingresan menos del costo de una canasta básica de alimentos.

(27) Hay que indicar, empero, que el Banco Mundial está modificando sus hasta hace poco dogmas inamovibles en esta materia, aunque de manera contradictoria. Son ya abundantes los documentos de esa institución en que se reconocen las disfunciones de muchas de las medidas tomadas al palio del Consenso de Washington, puesto que han incrementado la distribución asimétrica de la riqueza, limitando en última instancia las posibilidades de crecimiento (Banco Mundial, 2002). En esa polarización asimétrica, la cuestión de la tierra ocupa todavía un lugar central, ya que los procesos de reconcentración han sido de tal magnitud en las últimas dos décadas, que en muchos países los índices de Gini de la propiedad se sitúan ya en valores próximos o incluso superiores a los existentes antes del inicio de las reformas agrarias de 1960 y 1970. Con todo, y aún reconociendo que el problema de las reformas clásicas es la forma en que se llevaron a cabo y/o el hecho de que quedaran inconclusas —aspecto éste que marca un punto y aparte en relación a las tesis del fracaso y el obsoletismo dominantes hasta hace bien poco—, se continúa insistiendo en que debe ser el mercado quien, en última instancia, debe reasignar el factor tierra. Es decir, que la nueva economía institucional parece empeñada, retóricas aparte, en circunscribir el problema al funcionamiento irregular de los

3.3. Cooperación al desarrollo y ayuda alimentaria

En la medida en que el discurso del desarrollo convirtió la cooperación de los países desarrollados en un imperativo moral, la ayuda internacional –y particularmente la ayuda alimentaria– devino en una herramienta clave de la nueva estrategia intervencionista. A lo largo de los años, y en función de los cambios de coyuntura, la argumentación legitimadora de la cooperación ha ido cambiando, derivando desde la defensa de la libertad frente a la amenaza comunista (tiempo de la guerra fría) hasta el fomento del libre mercado y el comercio libre (era neoliberal). En cualquier caso, la ayuda exterior siempre ha tendido más a reforzar el *statu quo* que a revertir en una mejora real de las condiciones de vida de sus presuntos beneficiarios. Para ejemplificar esta aseveración, y para mostrar cómo se fue articulando el engranaje de la ayuda alimentaria, es muy ilustrativo el manejo que los Estados Unidos hicieron de ella como herramienta geoestratégica de primer orden en su carrera para convertirse en una gran potencia agroalimentaria.

En 1954 el Congreso norteamericano aprobó la *Agricultural Trade Development and Assistance Act (Public Law o PL 480)*, cuyo objetivo era ampliar el mercado de su producción cerealista y, a la vez, contribuir a la erradicación del hambre en el mundo. Su articulado permitía vender a los gobiernos extranjeros alimentos a crédito en condiciones atractivas –hasta 1971 el pago pudo hacerse en moneda nacional del comprador; moneda que debía gastarse en el mismo país– (título 1º); facilitaba además vender y donar gratuitamente en casos de catástrofes o de ayuda al desarrollo a través de programas que distribuyeran alimentos entre sus destinatarios (título 2º); fomentaba donaciones a través de agencias caritativas (título 3º); posibilitaba finalmente el préstamo de dinero a otros países a fin de adquirir alimentos estadounidenses a una tasa baja de interés (título 4º, aprobado en 1959). Gracias a este programa, conocido como *Food for Peace*, los Estados Unidos se convirtieron en el gigante a escala planetaria del *poder alimentario*:

«Estos programas ampliaron el mercado mundial y trastocaron sus normas para dar salida a los excedentes de los Estados Unidos, el más grande y poderoso exportador mundial. Como contraparte, la agricultura norteamericana se volvió dependien-

mercados y a la inseguridad en los derechos de propiedad, enfatizando la necesidad del fortalecimiento de las instancias de intermediación únicamente como mecanismo capaz de corregir dicha anomalía. Ver en especial Banco Mundial (2008: 121-123).

te del mercado internacional. Entre 1967 y 1979 sus exportaciones agrícolas crecieron 125 por ciento y su valor aumentó de 6,8 a 32 mil millones de dólares, que representaban alrededor de la quinta parte de las exportaciones totales. La tercera parte de la superficie cultivada se usó para los productos de exportación. Según estadísticas de la FAO, en 1981 Estados Unidos produjo el 20,2 por ciento de los cereales del mundo pero aportó el 48,2 por ciento de sus exportaciones. En ese mismo año, el 75 por ciento del trigo, el 54,7 por ciento del arroz, el 20,2 por ciento de la cebada y el 26,3 por ciento del maíz producidos en los Estados Unidos se vendieron en el mercado internacional. Casi la mitad de las exportaciones mundiales de alimentos procede de los Estados Unidos, que se estableció como el gigante del “poder alimentario”. Una nueva realidad: la interdependencia en un creciente mercado mundial de alimentos se convirtió en un factor central, a veces en el dominante, en el desarrollo agrícola de la segunda mitad del siglo XX. La “granja global” llaman algunos autores a esa nueva realidad» (Warman, 1988: 209-210).

Muchos países pobres, sometidos a las presiones propias de una creciente población urbana a la que alimentar e incapaces de competir vía precios con los productos norteamericanos, perdieron así su capacidad de autoabastecerse e incrementaron su dependencia. De ahí la gran paradoja de las políticas de desarrollo de las décadas de 1950 y 1960, puesto que, como sagazmente denunciara Warman, «mientras se trataba de sustituir importaciones industriales se promovía la importación de alimentos básicos, mucho más críticos e importantes en términos de soberanía que los automóviles o los refrigeradores» (1988: 223) (28). Nos hallamos ante una estrategia altamente eficiente de distorsión de los mercados nacionales, de sometimiento alimentario de los países beneficiarios de la ayuda en relación a los grandes donantes y ante un ejemplo claro, en fin, de cómo los excedentes alimentarios subvencionados del Norte han servido para consolidar vínculos de dependencia y ampliar su área de influencia económica y política.

Esta línea de intervención continuó invariable en sus orientaciones durante la égida neoliberal. Un nuevo programa operativo hasta hoy día, Food for Progress, fue creado en 1985 para, de alguna manera,

(28) No debe olvidarse en este sentido que «cuando el pago del crédito se hacía en monedas nacionales no convertibles, una parte se dedicaba a financiar el establecimiento de empresas extranjeras en los países beneficiados con los préstamos. La expansión de las transnacionales norteamericanas coincide temporalmente y no está desvinculada de la ayuda alimentaria» (Warman, 1988: 226).

recompensar a los gobiernos amigos que aceptaron de *buen grado* los programas de ajuste estructural (29). Conviene tener presente que, de los cerca de tres millones de toneladas de ayuda alimentaria suministrada por los Estados Unidos anualmente durante la segunda mitad de los noventa, casi una cuarta parte era en forma de ventas; ventas financiadas con créditos con facilidades de pago, constituyendo así sin solución de continuidad una herramienta privilegiada para la creación y ampliación de nuevos mercados para la exportación de granos (30). Retóricas aparte, pues, la ayuda alimentaria ha servido en el último cuarto de siglo para imponer los paquetes de medidas macroeconómicas requeridas por el *establishment* financiero neoliberal; se ha dirigido a competir, sobre el tablero del mundo en desarrollo, en la carrera desatada por las grandes corporaciones por el control de mayores cuotas de mercado (y de poder); y ha contribuido a limitar el desarrollo agrícola local que, en muchos casos, podría haber sido mucho más eficiente desde el punto de vista de la reducción del hambre y la mejora de la alimentación, agravando así los problemas que presumiblemente tenía que resolver. Como audazmente explicitara hace ya años Gustavo Esteva, ha demostrado ser «un instrumento de opresión colonial» (1988: 125) (31).

3.4. Las ventajas comparativas o la mano invisible del mercado

El mercado ha jugado un papel destacado en todos los modelos de desarrollo teorizados y experimentados hasta la fecha. Durante los años del desarrollismo estatista, la aplicación de medidas reformistas destinadas a modernizar las explotaciones campesinas siempre se acompañó del fomento de un subsector empresarial –las grandes unidades capitalizadas– con capacidad para exportar y aportar divisas con que contribuir a la financiación de la industrialización. De los años ochenta en adelante, con el ascenso del

(29) Para un seguimiento actual de su funcionamiento, ver <http://www.fas.usda.gov/excredits/FoodAid>.

(30) Una reflexión similar cabría hacer, sin duda, sobre las exportaciones y las donaciones interesadas (ventas por debajo de los costos de producción reales) que la Unión Europea realiza en aras de conquistar terceros países (*Tercer Mundo*). Hemos tomado el ejemplo norteamericano sólo por ser el más antiguo y quizás el más exitoso, no desde el punto de vista del combate contra el hambre, sino desde la perspectiva de afianzar su posición hegemónica en el mapa global.

(31) De ahí que, de acuerdo con este autor, sea preciso dismantelar las instituciones de ayuda: «Todas ellas. Las de orden nacional como las internacionales. Las que exhiben motivos religiosos o espirituales, lo mismo que las que confiesan razones económicas o políticas. Además de ser factores de destrucción en las sociedades destinatarias (...), lo son de la caridad y la dignidad en sus proveedores de fondos» (1988: 125). Para una reflexión crítica y actual del entramado institucional del aparato del desarrollo, ver Sogge (2004). Sobre la cooperación al desarrollo de orden privado (Organizaciones No Gubernamentales), resulta interesante la compilación realizada con anterioridad por ese mismo autor, Sogge (1998). Para el ámbito latinoamericano y las implicaciones de estos modelos privatizados de desarrollo sobre la sociedad rural, ver Bretón (2004).

neoliberalismo y ante el colapso producido por el peso de la deuda externa y los límites de los patrones intervencionistas anteriores, los teóricos del desarrollo pasaron de otorgar al Estado un rol central a reivindicar el papel del libre mercado como principio estructurante de las nuevas políticas macroeconómicas. Un principio del que se derivaron tres grandes líneas de actuación: la estabilización, que implicó controlar la inflación, restringir el gasto público y moderar los salarios; el ajuste estructural, que perseguía la supresión de todas las medidas que distorsionasen el funcionamiento de la competencia (protección de precios, tarifas aduaneras y cualquier otra forma de intervención estatal en la economía) y que supuso privatizar las empresas públicas y flexibilizar el mercado de trabajo; y la búsqueda del crecimiento a través de las exportaciones, único modo, argumentan los técnicos, de maximizar el dinamismo de los subsectores que cuenten con *ventajas comparativas* y sean competitivos en relación a los mercados internacionales.

Lamentablemente, las consecuencias no han sido las prometidas, y mucho menos desde el punto de vista del hambre y la seguridad alimentaria. La razón es muy simple, y estriba en que la libre actuación de las fuerzas del mercado conduce a la concentración del poder económico. El neoliberalismo ha devenido así en una suerte de *revolución silenciosa* (Green, 1995) en virtud de la cual, en numerosos países del Tercer Mundo (y del Primero), cada vez menos individuos (o corporaciones) controlan más tierras y más acuíferos, amén de los canales de comercialización y crédito. La presunción neoliberal de que la eliminación de las barreras comerciales permitiría a los países del Sur optimizar sus ventajas comparativas, pues, ha empeorado más que otra cosa la situación de partida. En primer lugar, porque si bien es verdad que las características específicas del clima y de los suelos parecen facilitar una cierta especialización *natural* de cada país o región hacia la producción de determinados rubros, no es menos cierto que suelen ser las multinacionales del Norte las que controlan la comercialización (si no directamente la producción in situ): en realidad, «el libre comercio agroalimentario destruye la actividad local empresarial y comercial y permite el control en condiciones de oligopolio de las grandes corporaciones agroalimentarias transnacionales» (Montagut y Dogliotti, 2006: 49). En segundo lugar, porque los bajos salarios constituyen la única ventaja real e indiscutible del Tercer Mundo, circunstancia incompatible, se mire como se mire, con una hipotética mejora en las condiciones

de vida de la gente (32). En tercer lugar, la lógica de las ventajas comparativas unida a la falacia del libre mercado –los grandes bloques comerciales del Norte (Estados Unidos y la Unión Europea) inundan los mercados del Sur con sus productos subvencionados, reventando la lógica de los mercados locales– se ha traducido en una situación perversa: los países castigados por el hambre orientan parte de sus producciones a satisfacer la demanda de los países ricos de productos exóticos (o de biodiesel), mientras deben importar cada vez más cantidad de alimentos básicos para satisfacer las necesidades de unas poblaciones que han perdido –en nombre del mercado– su propia capacidad de autoabasto alimentario (Zabalo, 1996). Es la imagen emblemática, por ejemplo, de un continente americano en el que el café, el cacao y el banano fluyen hacia el Norte al tiempo que la compra de cereal estadounidense se ha convertido, para muchos países del Sur, en una necesidad inevitable.

Los datos disponibles indican que un 75 por ciento del comercio mundial está relacionado con las exportaciones e importaciones procedentes del mundo industrializado y destinadas al mismo (IICA 2001, 5). El cuadro 5 muestra cómo, en el balance global de las importaciones netas de alimentos, los países desarrollados concentran la mayor parte (casi el 87 por ciento) quedando en el haber de los subdesarrollados un escuálido 13,4 por ciento. Los primeros tienen un volumen que más que duplica las exportaciones agrícolas de los segundos y que casi multiplica por dos y medio el de las importaciones. Una estampa que, a grandes rasgos, refleja muy bien quién suministra a quién en el mundo globalizado en que vivimos (33). Nos hallamos, en suma, ante una constatación más de cómo el mercado no constituye *per se* el demiurgo capaz de equilibrar la situación de inequidad alimentaria existente en el planeta. La situación de un Sur cuyo sector exportador (en muchos casos dominado por corpo-

(32) *El tomate mexicano es competitivo en los Estados Unidos no por su calidad, sino porque el salario diario de un trabajador rural mexicano equivale aproximadamente al de una hora de su homólogo estadounidense. Argumentos similares cabría aducir sobre el banano ecuatoriano comparándolo con sus competidores centroamericanos; sobre las frutas y verduras de Marruecos en relación a España; y con respecto a las «bondades» que para el Tercer Mundo suponen los «nuevos cultivos de exportación», tan publicitados por el Banco Mundial. En relación a esto último, resulta de gran interés el trabajo de Tania Korovkin (2005) sobre las consecuencias que la expansión en Ecuador de las empresas floricultoras están acarreado sobre la pauperización de las condiciones de vida de buena parte de la población rural (sobre todo entre las mujeres).*

(33) *A pesar de las disparidades al interior de cada categoría de países. La situación del Cercano y Medio Oriente y el África septentrional (con grandes importadores netos como Arabia Saudí o Argelia), se ubica en las antípodas de la de América Latina, donde sólo dos países –Argentina y Brasil– concentran el 88 por ciento del valor de las exportaciones alimentarias de la región. Asimismo, en Asia, el volumen de las exportaciones chinas, indias y tai-landesas, explica el bajo balance final.*

raciones o vinculado a ellas, no lo olvidemos) debe adaptarse a las exigencias de los consumidores demandantes del Norte y que provee a aquéllos de los productos que pueden pagar, explica la contradicción aparente de escenarios en los que los balances del comercio exterior de alimentos apenas tienen que ver con la presencia de importantes contingentes de población subnutrida.

Cuadro 5

ALGUNOS INDICADORES DEL COMERCIO MUNDIAL DE ALIMENTOS
(PROMEDIO DE 1999-2001), EN MILLONES DE DÓLARES EUA

Región	Exportaciones agrícolas	Importaciones agrícolas	Importaciones netas alimentos
A NIVEL MUNDIAL	414.219	437.650	15.935
PAÍSES DESARROLLADOS	289.662	306.612	13.804
PAÍSES EN DESARROLLO	124.558	131.039	2.131
Asia y el Pacífico	51.331	60.643	2.003
América Latina y el Caribe	50.087	28.148	-15.960
Cercano Oriente y África del Norte	11.235	31.908	16.320
África Subsahariana	11.905	10.340	-233

Fuente: FAO, 2004: 200-205, cuadro A6.

No sorprende así que, en uno de los últimos informes de Naciones Unidas sobre los 48 países más empobrecidos del mundo, se señale que aquéllos que han aumentado sus intercambios comerciales (exportaciones e importaciones, en su mayor parte agrícolas), han experimentado un mayor repunte de la pobreza: una vez metidos en esa espiral, y a fin de seguir aumentando su volumen exportador, han tenido que importar cada vez más insumos agrícolas para poder completar el modelo productivo exportador; con lo cual, la exportación agrícola depende estructuralmente de la importación de esos insumos (34).

(34) *El Informe de Desarrollo Humano de 2005 pone a Guatemala como ejemplo de los límites de una estrategia basada en el mercado sin acompañamiento de medidas estructurales que eviten la concentración de los beneficios: «¿Por qué el vínculo entre crecimiento de las exportaciones y desarrollo humano es tan débil? Por una parte, las grandes desigualdades iniciales marginan a los pobres de las oportunidades de mercado y limitan el desarrollo humano. Pese a ser un país de ingreso medio, Guatemala ostenta tasas de desnutrición que se cuentan entre las más altas del mundo y un tercio de su población es analfabeta. La aguda desigualdad también se extiende al ámbito de la propiedad de la tierra; se calcula que el 2 por ciento de la población es dueña del 72 por ciento de la tierra agrícola, lo que incluye las parcelas más fértiles. Las exportaciones tradicionales, tales como el azúcar, la carne y el caucho, son de propiedad de unas 20 ó 50 familias. En el otro extremo, los pequeños propietarios constituyen el 87 por ciento de los campesinos, pero sólo poseen el 15 por ciento de la tierra y tienen acceso limitado a créditos y mecanismos de comercialización» (PNUD, 2005: 139).*

Un buen ejemplo lo tenemos de nuevo en el lacerante aumento de los precios de los alimentos básicos de 2005-2007, que ha tenido unos efectos devastadores, como señalamos, en el incremento de la subnutrición. Fijémonos en la mecánica del asunto, que simplificando se resume en el hecho de que, básicamente, en los países más castigados por el hambre un porcentaje muy importante de la producción agropecuaria se orienta a la exportación y no a garantizar el autoabasto alimentario. Una vez creada y consolidada la dependencia de la importación de alimentos, la incidencia de un aumento tendencial en sus precios es brutal para los sectores sociales de bajos ingresos (35). Los efectos teóricamente beneficiosos de un aumento en los precios de los rubros exportados, por su parte, son neutralizados y revertidos por el ritmo en que se incrementan los costos de producción, básicamente por los costes de los agroquímicos.

Por lo expuesto hasta aquí, podría aseverarse que en realidad, el libre comercio mundial de alimentos *estricto sensu* no ha existido nunca. Lo que sí existe, es el comercio internacional de excedentes de cereales y productos lácteos y cárnicos volcados al mercado internacional principalmente por la Unión Europea, Estados Unidos y otros miembros del llamado Grupo Cairns de países agroexportadores (36). Esto constituye fundamentalmente un intercambio entre empresas transnacionales que son dueñas del 95 por ciento de las patentes sobre alimentos y semillas que existen en el mundo y se concentran en siete países desarrollados. Por lo que, ciertamente, seguir proponiendo modelos alimentarios globales no hace más que favorecer a esos monopolios transnacionales.

4. REFLEXIONES FINALES

En 1996, representantes de 180 países se reunieron en la sede de la FAO para celebrar la Cumbre Mundial sobre la Alimentación con objeto de debatir –una vez más– la forma de erradicar el hambre. A tal fin, las naciones se comprometieron a reducir el número de personas subnutridas a la mitad para 2015. Posteriormente, en septiembre del año 2000, en la Cumbre del Milenio de las Naciones Unidas,

(35) *Añadamos a eso el crecimiento de la demanda de productos agrícolas básicos como azúcar, maíz, yuca, semillas oleaginosas o aceite de palma para biocombustible: producción en expansión que debe consumir ya unos 100 millones de toneladas de cereales (el 4,7 por ciento del total mundial). ¿Qué será si, según pronostica la Agencia Internacional de la Energía, la proporción de suelo cultivable dedicada a la biomasa para biocombustibles líquidos se triplica en los próximos veinte años? (FAO 2008, 11).*

(36) *En el contexto de la Ronda Uruguay el Grupo Cairns estaba integrado por 14 países exportadores netos de productos agropecuarios: Argentina, Australia, Canadá, Brasil, Colombia, Chile, Fiji, Filipinas, Hungría, Indonesia, Malasia, Nueva Zelanda, Tailandia y Uruguay..*

los líderes del mundo convinieron en trazar hitos medibles, con plazos definidos, para combatir la pobreza, el hambre, las enfermedades, el analfabetismo, la degradación del ambiente y la discriminación de género. Esa declaración de intenciones constituye la esencia de los Objetivos de Desarrollo del Milenio, ocho grandes metas que, teniendo como primera prioridad alcanzar la propuesta de la Cumbre Mundial sobre la Alimentación de 1996, estableció el año 2015 como fecha máxima para su consecución (37).

Ni que decir tiene que las grandes agencias internacionales han tenido que ir admitiendo la dificultad (imposibilidad real, de hecho), de cumplir con la hoja de ruta propuesta (FAO, 2004b: 2; 2008: 6). La realidad es tozuda y, a pesar de la adopción de criterios estadísticos que, como señalamos, más bien contribuyen a edulcorar una realidad de por sí dramática, la FAO no puede dejar de reconocer que el número de pobres en continentes como África va en aumento, que los más pobres entre los pobres del mundo son cada vez más pobres, que los retrocesos casi superan a los avances en la lucha contra el hambre y que más de una cuarta parte de los niños de los países subdesarrollados padece malnutrición (FAO, 2005: 6-8). Un panorama, en suma, que invita más al desasosiego que a la esperanza. Si las cosas son como son, pues, es que algo falla –y grave– en el diagnóstico de la situación, en el recetario aplicado para afrontarla y en el propio aparato del desarrollo. Las respuestas a estos interrogantes quizás haya que buscarlas en otra parte: acaso los aportes sobre la etiología, naturaleza y funcionamiento del *sistema mundo*, tal como se formularon en su día desde la Economía Política, sigan constituyendo un punto de vista ineludible a la hora de entender la profundidad de un problema cuyas raíces tienen que ver –no nos engañemos– con la esencia misma de ese sistema.

José María Tortosa (2001: 122-137) plantea de manera sintética tres grandes factores de empobrecimiento fácilmente identificables, a saber: la lógica del capitalismo avanzado, las políticas estatales y los factores locales, de entre los que destacan las dimensiones particulares que en cada contexto adquiere la desigualdad, la estigmatización y la vulnerabilidad. En relación al primero, este autor insiste en que la tónica secular ha sido la de la polarización asimétrica:

(37) *Dichos objetivos son, por este orden, erradicar la pobreza extrema y el hambre, lograr la enseñanza primaria universal, promover la igualdad entre los sexos y la autonomía de la mujer, reducir la mortalidad infantil, mejorar la salud materna, combatir el VIH/SIDA y otras enfermedades, garantizar la sostenibilidad del medio ambiente y fomentar una asociación mundial para el desarrollo.*

«Los ricos se hacen más ricos y menos numerosos y los pobres se empobrecen y son más numerosos. Las alabanzas al sistema mundial contemporáneo que se basan en su increíble incremento de la producción total o incluso de la productividad (la producción por cabeza), pasan por alto las medidas de la dispersión del acceso a dicha producción y su evolución a lo largo del tiempo. Sobre todo a partir de la revolución industrial, la situación normal del sistema en su conjunto ha sido la de presentar de forma simultánea elevados niveles de producción e igualmente elevados niveles de pobreza. (...) [La] etapa de 1950-1975 en la que la pobreza se estabilizó, en realidad lo que hacía era mostrar uno de los mecanismos mediante los cuales parece funcionar este sistema histórico: el de procurar solucionar sus problemas internos mediante la expansión, sometiendo a salario a las poblaciones incorporadas y permitiendo así la mejora de las clases bajas en los países centrales. De hecho, aquella etapa supuso la entrada del neocolonialismo estadounidense, sucesor del colonialismo británico. En otras palabras, la tendencia general a la polarización viene ralentizada momentáneamente, siempre a escala mundial, en los períodos en los que el sistema se expande para ocupar nuevas zonas del planeta o profundizar la incorporación de esos territorios» (Tortosa, 2001: 123).

Las inercias de un sistema mundial que genera inequidad, exclusión, pobreza y hambre no debe invisibilizar la importancia que, en esos procesos, han desempeñado (y desempeñan) las políticas implementadas por los estados y la particular correlación de fuerzas sociales existente al interior de cada uno de ellos. Si bien, como sostenían los teóricos de la dependencia, desarrollo y subdesarrollo son las dos caras de la evolución histórica del sistema capitalista, de la misma manera en que se establece una relación de dependencia entre el centro y la periferia a escala planetaria, en los países periféricos se reproduce esa estructura entre los centros metropolitanos que explotan y la periferia rural que es explotada por las élites nacionales (38). La asunción de la profundidad y la complejidad de esos problemas puede generar actitudes apáticas, fruto de la sensación de impotencia que produce su magnitud. Lejos de ello, vale la pena apostarle a la

(38) Esto es lo que algunos autores denominaron *colonialismo interno* (Dos Santos, 1970). De ahí se deduce la importancia de las medidas estructurales, pues la *dinámica del colonialismo interno «debe romperse a fin de salir de ese círculo vicioso de pobreza, atraso, dependencia externa y dominación interna»* (Stavenhagen, 1981: 39). Sin ánimo de exhaustividad, pueden consultarse algunos de los textos clásicos que constituyeron buena parte del corpus teórico de las tesis dependencistas en la compilación de Immanuel Wallerstein (2004), así como en el número 4 de la *Monthly Review* / *Selecciones en castellano* (ver en especial André Gunder Frank, 2005).

investigación social y la reflexión teórica, a fin de informar –o de ejercer, mejor dicho, un cierto papel de contrapeso a los discursos oficialistas difundidos sin cesar por los *mass media*– y de contribuir a construir una alternativa a este estado de cosas en apariencia inamovible que conduce a un agravamiento de las contradicciones sociales y medioambientales sobre las que se asienta. Tal vez la crisis global por la que hoy atraviesa el sistema y el descrédito consiguiente de la agenda neoliberal brinden un buen momento para ello. Quiero plantear aquí, a modo de conclusión, algunos elementos de discusión que me parece que ameritan de un replanteamiento sosegado de cara, precisamente, a poder demostrar que otro mundo es posible.

Parece que es indispensable, de entrada, repensar la globalización. Ciertamente, desde hace unas tres décadas, vivimos –como señala Isidoro Moreno (2005: 48)– «el intento de globalización más poderoso de cuantos hasta ahora se han producido: la globalización del mercado». Esta nueva globalización, fundamentada en el ultraliberalismo, no ha supuesto ningún hábito de esperanza desde el punto de vista de revertir las tendencias constatadas hacia un ensanchamiento de las inequidades (y con ellas del hambre y la pobreza). Aunque por el momento parece ilusorio pensar en la posibilidad de «desenganche» de ese proceso, la crisis actual evidencia con crudeza sus límites, desmontando sus promesas como si de un castillo de naipes se tratara. Interpela, en cualquier caso, a analizar con detenimiento el margen de maniobra real existente para enfrentarlo de otra manera. Una vía posible podría ser trabajar en la línea de incrementar el control de las poblaciones locales sobre sus sistemas de producción de alimentos. No debemos olvidar que, como reconoce hasta la FAO, «la lucha por eliminar el hambre (...) se ganará o se perderá en las zonas rurales, pues es allí donde vive la mayoría de las personas hambrientas del mundo» (FAO, 2005: 4). Eso implicaría prestar atención a las prácticas consuetudinarias de producción y distribución de alimentos; unas prácticas que los teóricos de la agroecología reconocen como sostenibles y biodiversas y que, durante dilatados períodos de su historia, han demostrado ser mucho más eficientes desde el punto de vista del abasto alimentario local que las alternativas *modernas* impulsadas sin descanso por el aparato del desarrollo (Toledo, 1993) (39). También implicaría, por supuesto, ofrecer un espacio dentro de los mercados locales y regionales (entendiendo la región

(39) *Igualmente hay que fijarse en las estrategias desplegadas por los actores sociales ante el envite de la globalización neoliberal. Resulta interesante el ejemplo que brindan los campesinos del valle peruano de Lares (Cuzco). Se trata de comunidades andinas mercantilizadas, ubicadas durante décadas en los parámetros desarrollistas de la*

en un sentido amplio) a los productores rurales. Los ejemplos de cómo todo eso está siendo desbaratado por la apertura comercial y su corolario, el empobrecimiento masivo de la población, son numerosos y están bien documentados.

Ello comporta –y ahí queda eso– redefinir el papel de los poderes públicos, esto es, recuperar el sentido de la política y su capacidad de encauzar los efectos concentradores de las fuerzas del mercado, poner sobre el tapete la cuestión del rol que debe desempeñar el Estado y, con él, reconducir e impulsar los procesos de integración regional. La articulación de grandes regiones económicas en el llamado Tercer Mundo podría brindar la oportunidad para relanzar ese papel de los poderes públicos, negociar con mayor fuerza y capacidad de maniobra en el escenario internacional, llevar a cabo las medidas de carácter estructural ineludibles (reforma agraria incluida) y consolidar unos mercados internos donde los pequeños productores locales sí tengan un lugar al sol. Ante la terquedad y las inercias que presionan a favor del mantenimiento del *statu quo*, cabe preguntarse sin embargo cuántos millones de personas tendrán que continuar muriendo de hambre para que, al fin, el mundo tome conciencia de la necesidad de replantear las reglas de un juego que, hoy por hoy, sigue ahondando la miseria, la opresión y la exclusión. O se toma el toro por los cuernos, o el escenario será, sin ningún género de dudas, considerablemente peor ya en el corto plazo.

BIBLIOGRAFÍA

- BANCO MUNDIAL (2002): *Llegando a los pobres de las zonas rurales. Estrategia de Desarrollo Rural para América Latina y el Caribe*. Departamento de Desarrollo Ambiental y Socialmente Sostenible. Banco Mundial, Washington.
- BANCO MUNDIAL (2008): *Informe sobre el Desarrollo Mundial. Agricultura para el desarrollo*. Banco Mundial, Mundi-Prensa y Mayol Ediciones, Bogotá.
- BESTARD, J. y CONTRERAS, J. (1987): *Bárbaros, paganos, salvajes y primitivos. Una introducción a la Antropología*. Barcanova, Barcelona.
- BRETÓN, V. (2004): «Las Organizaciones No Gubernamentales y la privatización del desarrollo rural en América Latina», en Moreno, P. [Ed.]: *Entre las Gracias y el Molino Satánico: Lecturas de Antropología Económica*. UNED Ediciones, Madrid: 463-483.

revolución verde que, en los últimos años, han consolidado una sólida red de mercados de trueque (los chalayplasa) como respuesta a la expulsión de facto del mercado monetario convencional a que el ajuste estructural de principios de los noventa (el fujishock) las condenó. Al parecer, los resultados desde el punto de vista de complementar la dieta aprovechando los recursos locales y el manejo de la microverticalidad andina, no son nada desdeñables (Martí, 2005).

- BRETÓN, V. (2006): «Glocalidad y reforma agraria: ¿de Nuevo el problema irresuelto de la tierra?», *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, 24: 59-69.
- CEPAL (2004): *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe*. Comisión Económica para América Latina, Santiago de Chile.
- CONFERENCIA MUNDIAL (1969): *Informe de la Conferencia Mundial sobre Reforma Agraria*. FAO, Roma.
- CONTRERAS, J. y GRACIA, M. (2005): *Alimentación y Cultura. Perspectivas antropológicas*. Ariel, Barcelona.
- DOS SANTOS, T. (1970): «The Structure of Dependency», *American Economic Review*, 60: 231-236.
- ESCOBAR, A. (1998): *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Grupo Editorial Norma, Bogotá.
- ESCOBAR, A. (1999): «The invention of development». *Current History*, vol. 98, 631: 382-387.
- ESTEVA, G. (1988): «Detener la ayuda y el desarrollo: una respuesta al hambre». *Carencia alimentaria: Una perspectiva antropológica*. Serbal/UNESCO, Barcelona: 108-144.
- FAO (2003): *Metodología de la FAO para medir la privación de alimentos*. Dirección de Estadísticas de la FAO, Roma.
- FAO (2004): *El estado mundial de la agricultura y la alimentación. La biotecnología agrícola: ¿una respuesta a las necesidades de los pobres?* FAO, Roma.
- FAO (2004b): *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2004. Seguimiento de los avances en la consecución de los objetivos de la Cumbre Mundial sobre la Alimentación y de los Objetivos de desarrollo del Milenio*. FAO, Roma.
- FAO (2005): *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2005. La erradicación del hambre en el mundo: clave para la consecución de los Objetivos de desarrollo del Milenio*. FAO, Roma.
- FAO (2008): *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2008. Los precios elevados de los alimentos y la seguridad alimentaria: amenazas y oportunidades*. FAO, Roma.
- FAO (2009): *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo 2008. Crisis económicas: repercusiones y enseñanzas exitosas*. FAO, Roma.
- FOSTER, G. (1980): *Las culturas tradicionales y los cambios técnicos*. Fondo de Cultura Económica, México. (Orig. 1962).
- FRANK, A. G. (2005 [1966]): «El desarrollo del subdesarrollo». *El nuevo rostro del capitalismo, Monthly Review Selecciones en castellano*, 4: 144-157.
- GREEN, D. (1995): *Silent Revolution. The rise of market economics in Latin America*. Cassell/Latin America Bureau Ltd. Londres.
- GURRIERI, A. [ed.] (1982): *La obra de Prebisch en la CEPAL*. Fondo de Cultura Económica, México.
- GUTIÉRREZ, A. (1996): *La Revolución verde, ¿solución o problema?*, en Stutcliff, B. [ed.]: 231-245.
- GUZMÁN, G. (1976): *El desarrollo latinoamericano y la CEPAL*. Planeta, Barcelona.
- HEWITT DE ALCÁNTARA, C. (1985): *La modernización de la agricultura mexicana, 1940-1970*. Siglo XXI, México.

- HEWITT DE ALCÁNTARA, C. (1992): *Reestructuración económica y subsistencia rural: El maíz y la crisis de los ochenta*. El Colegio de México, México.
- IICA (2001): *Potencial Agroalimentario del MERCOSUR*. Quinto Informe de Avance. Instituto Interamericano de Cooperación Agrícola/Instituto de Planeamiento Estratégico, <http://www.agendaestrategica.com.ar>
- IBARRA, P. y UNCETA, K. [eds.] (2001): *Ensayos sobre el desarrollo humano*. Icaria, Barcelona.
- KAY, C. (1998): «¿El fin de la reforma agraria en América Latina? El legado de la reforma agraria y el asunto no resuelto de la tierra». *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 60, 4: 61-98.
- KAY, C. (2001): «Los paradigmas del desarrollo rural en América Latina». en García Pascual, F. [ed.]: *El mundo rural en la era de la globalización: incertidumbres y potencialidades*. Ministerio de Agricultura, Madrid: 337-429.
- KOROVKIN, T. (2005): «Creating a Social Wasteland? Non-traditional Agricultural Exports and Rural Poverty in Ecuador». *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 79: 47-67.
- LAPPÉ, F. M.; COLLINS, J.; ROSSET, P. y ESPARZA, L. (2005): *Doce mitos sobre el hambre. Un enfoque esperanzador para la agricultura y la alimentación del siglo XXI*. Icaria, Barcelona.
- LIVI BACCI, M. (2002): *Historia mínima de la población mundial*. Ariel, Barcelona.
- MORENO, I. (2005): «Fundamentalismos globalizadores versus diversidad cultural», en Agudo, J. [coord.]: *Cultural, poder y mercado*. Fundación El Monte, Sevilla: 37-58.
- NACIONES UNIDAS (2005): *Objetivos de desarrollo del Milenio*. Naciones Unidas, New York.
- PNUD (2005): *Informe sobre Desarrollo Humano 2005. La cooperación internacional ante una encrucijada: ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual*. Mundi-Prensa, Madrid.
- REHER, D. (2004): «The Demographic Transition Revisited as a Global Process». *Population, Space and Place*, 10: 19-41.
- REHER, D. (2005): «Towards Long-term Population Decline, Past and Future». *Paper presented at the IUSSP XXV International Population Conference held in Tours* (mimeo).
- RIST, G. (2002): *El desarrollo: historia de una creencia occidental*. Los Libros de la Catarata, Madrid.
- ROGERS, E. M. y SVENNING, L. (1979): *La modernización entre los campesinos*. Fondo de Cultura Económica, México. (Orig. 1979).
- ROSEN, S.; SHAPOURI, S.; QUANBECK, K. y MEADE, B. (2008): *Food Security Assessment 2007*. Economic Research Service Report GFA-19, Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, Washington.
- ROSTOW, W. W. (1961): *Las etapas del crecimiento económico: un manifiesto no comunista*. Fondo de Cultura Económica, México.
- SCHULTZ, T. W. (1967): *Modernización de la agricultura*. Aguilar, Madrid. (Orig. 1964).

- SHEANAN, J. (1990): *Modelos de desarrollo en América Latina. Pobreza, represión y estrategia económica*. Alianza Editorial Mexicana, México.
- SHIVA, V. (1991): *The Violence of the Green Revolution: Third Works, Ecology and Politics*. London Atlantic Highlands / Zed Books / Third World Network, London.
- (2003): *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*. Paidós, Buenos Aires.
- SOGGE, D. (2004): *Dar y tomar. ¿Qué sucede con la ayuda internacional?* Icaria, Barcelona.
- [ed.] (1998): *Compasión y cálculo. Un análisis crítico de la cooperación no gubernamental al desarrollo*. Icaria, Barcelona.
- STAVENHAGEN, R. (1981): *Between Underdevelopment and Revolution*. Abhinav Publications, New Delhi.
- STUTCLIFFE, B. [ed.] (1996): *El incendio frío. Hambre, alimentación y desarrollo*. Icaria, Barcelona.
- TOLEDO, V. M. (1993): «La racionalidad ecológica de la producción campesina», en Sevilla Guzmán, E.; González de Molina, M. [eds.]: *Ecología, campesinado e historia*. Las Ediciones de la Piqueta, Madrid: 197-218.
- TORTOSA, J. M. (2001): *El juego global. Maldesarrollo y pobreza en el capitalismo mundial*. Icaria, Barcelona.
- WALLERSTEIN, I. (2004): *Capitalismo histórico y movimientos antisistémicos*. Akal, Madrid.
- WARMAN, A. (1988): *Historia de un bastardo: maíz y capitalismo*. Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM/Fondo de Cultura Económica.
- WARRINER, D. (1969): *Land Reform in Principle and Practice*. Clarendon Press, Oxford.
- ZABALO, P. (1996): *Comercio de alimentos y proteccionismo*, en Stutcliffe, B. [ed.]: 293-309.

RESUMEN

¿Continuarán muriendo de hambre millones de personas en el siglo XXI?

A partir de la constatación de que la magnitud de la subnutrición constituye uno de los grandes problemas a escala planetaria para las organizaciones multilaterales de desarrollo, en este artículo se pretende (a) ofrecer una panorámica general de lo que las más recientes estimaciones estadísticas nos dicen del alcance del hambre en el mundo; (b) proponer una reflexión sobre las incongruencias de los diagnósticos emitidos por décadas para explicarla desde la Economía y la Sociología del Desarrollo, insistiendo en la recurrencia a la presión demográfica y al tradicionalismo como causas principales; (c) analizar las principales consecuencias de las líneas de intervención impulsadas a tenor de esos diagnósticos; y (d) sondear la viabilidad de quienes señalan razones estructurales profundas para explicar la persistencia de la subnutrición.

PALABRAS CLAVE: subnutrición, Tercer Mundo, desarrollo, subdesarrollo, crecimiento demográfico.

SUMMARY

Will millions of people continue starving in 21th century?

Abstract: Considering that malnutrition is one of the most important problems to be solved by multilateral development agencies, the main aims of this article are: (a) to present an overview of the recent statistics about the levels of starvation around the world; (b) to detail the misunderstandings of Economy and Development Sociology based on the demographic pressure and the maintenance of tradition; (c) to analyze the consequences of the intervention policies, and (d) to present the theories that propose the importance of inner structural reasons to explain the situation.

KEYWORDS: Malnutrition, Third World, development, underdevelopment, demographic growth.

